

La Esfera

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

Año II * Núm. 56

Precio: 50 c



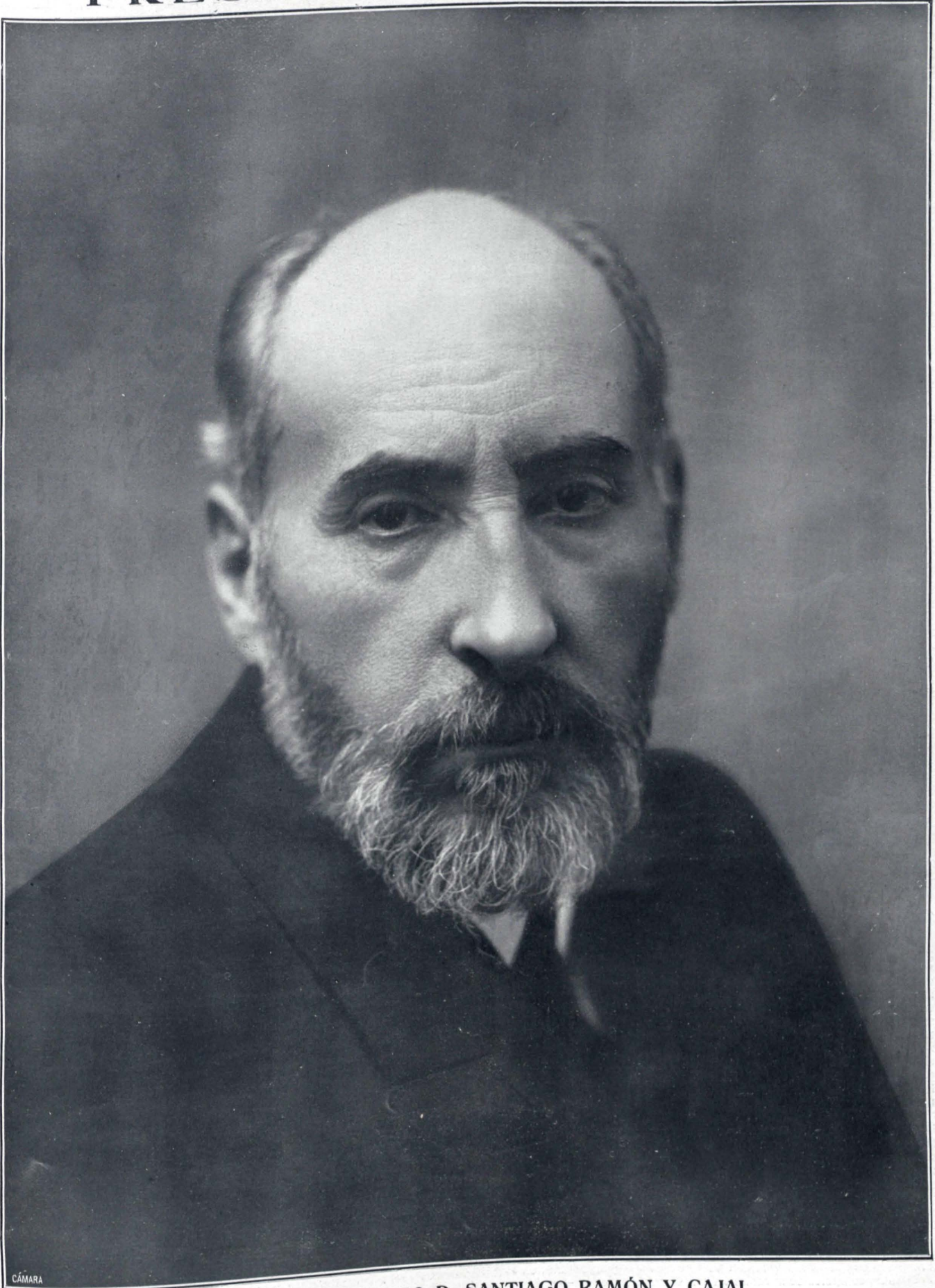
ENIGMA, dibujo de Juan Vila

El jabón de
HENO DE
PRAVIA



y el **PETRÓLEO GAL**
son mis mejores amigos

PRESTIGIOS ESPAÑOLES



CÁMARA

EL INSIGNE HISTÓLOGO D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
FOTOGRAFÍA DEL NOTABLE ARTISTA SR. PADRÓ

LOS HOMBRES DE CIENCIA



El doctor Ramón y Cajal en su laboratorio particular

FOT. PADRO

EL DOCTOR RAMÓN Y CAJAL

DATOS BIOGRÁFICOS

TIENE este sabio biólogo sesenta y dos años; nació, por casualidad, en Pitilla, pueblo de Navarra, pero el abolengo de Cajal es aragonés y su primera juventud la pasó en Ayerbe: se hizo bachiller en Huesca, y licenciado en medicina en Zaragoza. Su padre, D. Justo, fué durante muchos años médico de singular prestigio en la capital de Aragón, pero hasta llegar á la meta profesional recorrió pueblos, ocupó distintas plazas titulares, pues el entero y áspero carácter de D. Justo Ramón no aguantaba impertinencias de concejales ni de alcaldes. En una de estas peleas caciquiles, salió de Larrés (Huesca), fué á Pitilla, donde hemos dicho vió la luz del mundo nuestro biografiado.

El doctor Ramón y Cajal es el prototipo del hombre de «inteligencia sana en cuerpo sano». Inconscientemente, desde su primera edad, rindió positivo culto á la educación física, como hoy se llama. En compañía de los demás mozos de su edad y por aquellos pueblos del Alto Aragón, sus ejercicios deportivos no tenían límite, su gimnasia no era enteramente sueca, porque degeneraba frecuentemente en luchas grecoromanas, á todo trapo, sin jurado, ni árbitro que las reglamentara; llegando, á veces, á dirimir las contiendas con la honda y con el palo, cuando las batallas campales se libraban entre *baturros* y *currutacos*.

Hombre de este temple, hizo oposición al Cuerpo de Sanidad militar y, obtenida plaza, le destinaron á Cuba, donde por milagro pudo volver con vida á la patria.

Prestó sus servicios en la Trocha del Este, donde el paludismo aniquilaba nuestra raza, la fiebre perniciosa arrebatava las vidas más preciadas y allí hubiera finiquitado nuestro sabio si no hubiera tenido la inmensa fortuna de que pasando revista por aquellos lugares un brigadier, se diese cuenta del estado lastimoso, casi moribundo, por causa de la fiebre palúdica, en que Cajal se encontraba. Inmediatamente se dispuso el reconocimiento del enfermo y su regreso á España por inútil para el servicio de las armas.

El doctor Cajal, me expresaba honda pena no recordando el nombre de aquel benemérito señor brigadier, á quien sin duda alguna debió que la muerte no le rematara.

De regreso en Zaragoza, empezó á convalecer y á trabajar con ahínco en sus investigaciones anatómicas, pero un brote tuberculoso, denunciado por vómitos de sangre, alarmaron á don Justo Ramón, y á toda prisa envió á su hijo á Panticosa.

No teniendo fe excesiva en la eficacia de las aguas minero-medicinales, para mejorar su estado de salud, determinó el doctor Cajal irse al monte Pano, en San Juan de la Peña, especie de Covadonga aragonesa, donde por espacio de dos meses hizo vida al aire libre, alimentándose de

carne, huevos y leche, principalmente y dedicándose á la fotografía y á la caza.

La fuerte naturaleza de Cajal venció al bacilo de Koch y recobrada la salud, se dedicó en cuerpo y alma á las investigaciones científicas, á las prácticas de laboratorio, donde ha logrado tanta honra y fama.

DESCUBRIMIENTO DEL SABIO

Corrían los últimos meses del último año del siglo XIX: el doctor Ramón y Cajal podía vanagloriarse de ser ó haber sido catedrático de Anatomía en Valencia, de Histología, en Barcelona, de la misma asignatura, en Madrid (por oposición), Académico de las Reales de Medicina y Ciencias. Agraciado con el premio *Fauvel*, adjudicado por la *Société de Biologie* de París; designado por la Sociedad real de Londres para dar conferencias en *The Croonian Lecture* y en la Universidad de Clark (Estados Unidos). Doctor en Medicina por las Universidades de Madrid, de Cambridge, de Würzburg y de Leyes, de Clark. Su ilustre corresponsal de numerosas Academias extranjeras, habiendo publicado trabajos de investigación personal de los cuales resultaban descubrimientos científicos que se divulgaron en todos los idiomas europeos.

Con tan honrosos títulos, abrumadores méritos y trabajos originales realizados, finiquitaba el siglo XIX y el doctor Ramón y Cajal no era

conocido en España ni apreciada su laboriosa y potente actividad investigadora, fuera del círculo profesional, de sus discípulos y de algunos eruditos. El bueno de D. Santiago, andaba por aquella fecha en acalorada discusión, á propósito de la concesión del premio *Martínez Molina*, que covachuelistas y leguleyos, en conexiones profesionales, le negaban, apoyándose en preceptos reglamentarios cuya letra mandaba que el trabajo realizado por el doctor Cajal, *Sobre los centros cerebrales sensoriales*, no tuviera la colaboración de su hermano D. Pedro.

Afortunadamente para todos, el Comité directivo del Congreso médico internacional, reunido en París, le otorgó el *Premio de Moscú*, por haber realizado el Sr. Cajal el trabajo médico más importante de cuantos se habían publicado durante tres años. La Prensa mundial divulgó encomiásticamente el nombre y nacionalidad de nuestro compatriota y, desde aquella fecha, Ramón y Cajal nos fué descubierto en el extranjero como sabio de cuerpo entero y sin cartón ni trampa.

REACCIÓN DEL GOBIERNO

Por aquel entonces (1900), España estaba sin pulso, habíamos perdido nuestro imperio colonial y se hallaba al frente del Ministerio un hombre de sobresaliente cultura, el Sr. Silvela. El Gobierno acordó honrar á Cajal proporcionándole medios morales y materiales para facilitarle la continuación de sus investigaciones personales. Nombróse una ponencia compuesta el señor Dato, ministro de la Gobernación y del señor Allendesalazar, de Hacienda, para que llevarán á satisfactorio fin práctico la idea del Gobierno.

Por encargo del entonces oficial mayor del ministerio de Hacienda, mi querido amigo don Manuel Díaz Gómez, fui á conferenciar con el doctor Cajal, que vivía en un hotelito de los Cuatro Caminos, poniéndome de acuerdo respecto á las intenciones y deseos de nuestro sabio, en respuesta á las ofertas oficiales del ministerio.

No obstante los buenisímos propósitos de los señores Silvela, Dato y Allendesalazar, la idea iniciada por ellos no pudo tener realidad práctica hasta primero de Enero de 1902, fecha del nom-

bramiento del doctor Ramón y Cajal para la dirección del *Laboratorio de investigaciones biológicas*. Sin embargo, en el mismo año 1900, le recompensó el Gobierno con las grandes cruces de Isabel la Católica y Alfonso XII.

Hace unos tres años, D. José Canalejas le nombró senador vitalicio, á instancias, según cree Cajal, del señor Francos Rodríguez.

En 1906 se le otorgó el premio Nobel, recompensa de la más alta significación científica, y que sólo se concede á las verdaderas eminencias de la humana sabiduría.

EL SABIO EN SU "TORRE DE MARFIL"

Así como para comprender el misticismo musical, del inmortal Wagner, precisa oír sus obras maestras, en *Bayreuth* y sólo y exclusivamente en este teatro, puede apreciarse la magnitud lírica y poética del festival religioso, *Parsifal*; de la misma manera los devotos que piensan iniciarse y comprender la grandiosa obra de Cajal, deben estudiarla, sólo y exclusivamente, en el *Laboratorio de investigaciones biológicas*, donde el sabio se ostenta en todo su poderío intelectual, imperio crador, ante un puñado de fieles discípulos.

Ramón y Cajal, en la cátedra de San Carlos, ó en el Instituto de Higiene, está como descen-trado, y su labor, en estos lugares, sólo podría darnos idea incompleta de la personalidad científica del sabio biólogo, de la misma manera que formaríamos imperfecto juicio del inmortal poema wagneriano, si su representación nos la dieran en el coliseo de Teruel ó en el Teatro de Cáceres.

RESULTADOS PRÁCTICOS

Desde que empezó á funcionar el *Laboratorio de investigaciones biológicas*, la obra científica del doctor Cajal ha ido progresando sin demayo. Tres ilustres profesores ayudan en su ardua y difícilísima labor al director de las investigaciones: los doctores Tello Muñoz, Jorge Ramón y Domingo Sánchez. Además, en el citado Laboratorio son acogidos con gusto todos los que sinceramente desean ejecutar trabajos biológicos. En este concepto asisten á la institución Cajal los profesores que aspiran á plazas

de ampliación de estudios en el extranjero, bajo la dirección inmediata del ilustre doctor Achúcarro.

Las publicaciones científicas del doctor Ramón y Cajal, por su calidad y cantidad, demuestran no solamente la colosal inteligencia de nuestro sabio, sino que acreditan también el tesón de un hombre que reúne, por sí solo, la paciencia y la constancia laboriosa de una comunidad de Benedictinos. La obra científica de Cajal está reunida en unos *cuarenta gruesos tomos* y de estas publicaciones sólo citaremos las más culminantes.

«Histología normal y técnica micrográfica», *Anatomía patológica general*, «Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados». Esta última obra consta de tres gruesos volúmenes y se ha traducido al francés y al alemán. No menos importancia tienen sus originalísimos trabajos de investigación «*Sobre la medula espinal, cerebro y cerebelo*», «*Sobre la retina de los vertebrados*», *La fotografía de los colores*, *Estructura de las imágenes fotocrómicas* y sus *Reglas y consejos sobre investigaciones biológicas*. En fin, unas 220 extensas monografías, muchas de ellas traducidas y divulgadas en idiomas extranjeros.

LA VENERACIÓN Á CAJAL

Sistemáticamente he rehuído emplear en esta crónica los adjetivos encomiásticos que tanto se prodigan en informaciones semejantes. Una verdadera irreverencia me hubiera parecido la huera alabanza empleada en honor de un hombre de las excepcionales condiciones de D. Santiago Ramón y Cajal. Citar sus obras, mencionar sus originales trabajos, su intensa labor de cultura, es honrar al sabio y glorificar á la Patria y, en este sentido, y sobre esta base, yo me permito protestar enérgicamente contra esos aprovechados vividores filisteos que traen y llevan el venerado nombre de Cajal como arquilla de buhonero, en combinaciones crematísticas inconfesables, engañando al bondadoso sabio y erigiéndose ellos mismos un pedestal sobre los cimientos de la pública ignorancia.

FRANCISCO MASIP Y VALLS



El doctor Cajal con sus discípulos en el Laboratorio Biológico

FOT. SALAZAR

LA ESFERA

ARTE DECORATIVO



FEUDALISMO Y HUMILDAD, dibujo de J. Morales

ARTE DECORATIVO



Chimène

LA PAZ DE LA ALDEA, por J. Morales

LA GUERRA EN LAS COSTAS DEL ADRIÁTICO



Una vista del puerto de Pola, que fué atacado recientemente por la escuadra francesa

AUSTRIA, aparte de auxiliar á Alemania con hombres y alimentos para su acción común contra Inglaterra y Francia, sólo ha tenido en esta contienda acción directa terrestre contra rusos, serbios y montenegrinos.

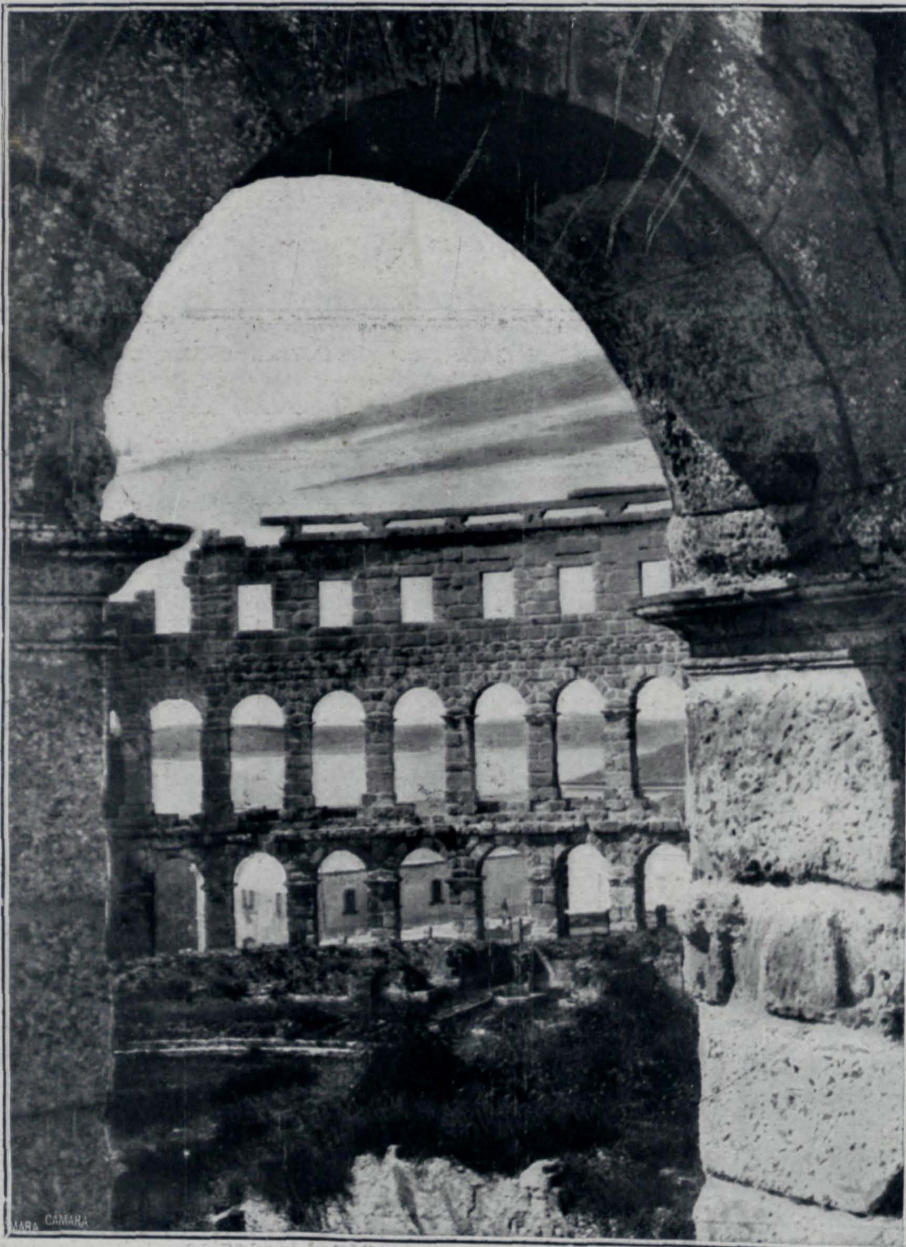
Con Inglaterra y Francia sólo puede contender navalmente, y teatro de la lucha sólo puede serlo por su parte al mar Adriático ó golfo de Venecia.

Así como la costa occidental del amplio golfo, que constituye el litoral italiano, tiene una defensa natural, en las fuertes corrientes, en los vientos del Este y en las tupidas brumas, las austriacas del litoral oriental son bajas y pantanosas, por lo que un desembarco en ellas sería empresa temeraria; pero hay desde Trieste al Cabo Promontore, en las costas occidentales de la Istria, gran número de radas y puertos, entre los que están fortificados: Trieste, al Norte y Pola, al Sur, además del muy importante de Fiume.

El más eficiente de los puertos militares austriacos es Pola, departamento militar y marítimo, encintado con formidables y modernas obras de fortificación para su defensa y la de las escuadras que busquen en su rada seguro abrigo.

Pola es base natural de operaciones para la defensa de la Dalmacia septentrional y de la Istria.

En Pola se encuentran la Escuela de



Ruinas del circo romano de Pola

FOTS. CHUSSEAU FLAVIENS

Telégrafos, la de minas marítimas, la oficina hidrográfica con biblioteca de Marina, un hospital marítimo, un servicio de vestuario, la prisión naval, una escuela de natación y de marina para el personal y sus hijos y una capellania de marina.

Trieste es comandancia naval de distrito y archivo central.

En Fiume se encuentra la Academia de marina para la educación científica de los cadetes en cuatro cursos, interrumpidos por viajes á bordo de una corbeta.

La gran bahía de Cattaro con depósitos de carbón y asileros se utiliza como estación de la flota austriaca del Adriático.

El día 9 de Agosto abandonó la escuadra francesa su base naval de Tolón y con la incorporación de los cruceros ingleses *Defence* y *Warrior*, acompañados de 12 contratorpederos llegó el 16 del mes referido á la vista de Antivari, á la sazón bloqueado por cuatro ó cinco buques austriacos.

Estos, ante la proximidad de la flota aliada, intentaron refugiarse en Cattaro; el *Zenta* fué echado á pique en nueve minutos por los certeros fuegos del acorazado francés *Courbett* y por los del *Jean Bart*, que dispararon á 14.000 metros. La flotilla de buques pequeños que acudió en socorro de los naufragos llegó demasiado tarde.

M. ARCIAL

EPISODIOS DE LA GUERRA



UNA CARGA DE LOS CORACEROS FRANCESES CONTRA LOS ALEMANES

DIBUJO DE LORENZO BEUNET



Gutenberg, el inventor de la imprenta, viendo las primeras pruebas de un impreso

ASÍ HABLABAN LAS LETRAS DE PLOMO...

Se cubrió la platina de hierro con trozos de papel, arrancado de la bobina que dormía en el eje de la rotativa parada. Sobre este mantel se colocó la modesta vajilla, y cuando el camarero del café cercano nos trajo de comer, se sentaron al rededor de la improvisada mesa, los cajistas y los maquinistas, el regente y el corrector.

Celebrábamos la impresión de un libro mío. A mí me encanta la camaradería de estos obreros singulares, que entran en los talleres con la liviana instrucción de aprendices, recién salidos de nuestra deficiente escuela de primeras letras.

y acaban por poseer una cultura rara, desordenada y de aluvión, formada por el azar que pone en sus manos cuartillas de las más distintas ciencias, de letras, de política... Los hay que serían admirables estrategas, químicos estupendos, estadistas sorprendentes; literatos buenos, todos los que quisieran serlo. Pero no quieren, porque son modestos y humildes y el cultivo de las letras es todo vanidad y soberbia.

El trato con los humildes enseña muchas y altas verdades, y sobre todo, es como un espejo donde uno puede mirarse sin sentir sonrojo; frente a un humilde se duerme y anula el hombre malo que llevamos dentro. Además sólo los humildes poseen la alegría sana, sin malicias que parece una compensación que Dios le regala. Y esta alegría expansiva, que se comunica como un contagio, que hace reír á carcajadas, era la reina de nuestra fiesta.

Al terminar, uno de los cajistas recordó que Don Quijote, cuando participó de la frugal comida de los cabreros, cogió un puñado de bellotas y pronunció con el llamado discurso de la Edad Dorada, las más altas, llenas y sonoras palabras que se han dicho en castellano. Humildes eran también los hombres que me rodeaban; del acabamiento de una Edad de civilización trataba, al fin, el libro que habíamos impreso; mucho de Quijote teníamos unos cuantos escritores, entre los cuales se me incluye, que llevamos años y años zarandeando la conciencia nacional sin lograr que despierte, antes al contrario, siempre expuestos á las iras de los yángües, los ginecillos, los arrieros y mozas del partido que merodean y medran por toda la faz de la ancha España... Y puesto que la ocasión era semejante, el amigo cajista puso en mi mano un puñado de letras de plomo, cogidas al azar, en la más cercana caja y me invitó á que les dijera cómo hablarían y qué dirían, si para decir algo no tuvieran que esperar á que se las agrupara en el compo-

nerador formando palabras, se las pasara luego, en planas cerradas, á la máquina donde han de celebrar su cópula con el papel, en que quedan las ideas dispuestas á volar, como si tuvieran alas.

Y yo, apartando á un lado el recuerdo ejemplar de Cervantes, dije así á mis humildes amigos:

ooo

—Si estas letras de molde hablaran, se limitarían á decir que son la sal del mundo, y acaso añadirían que, si Gutenberg hubiese precedido á Jesucristo, la redención humana se hubiese



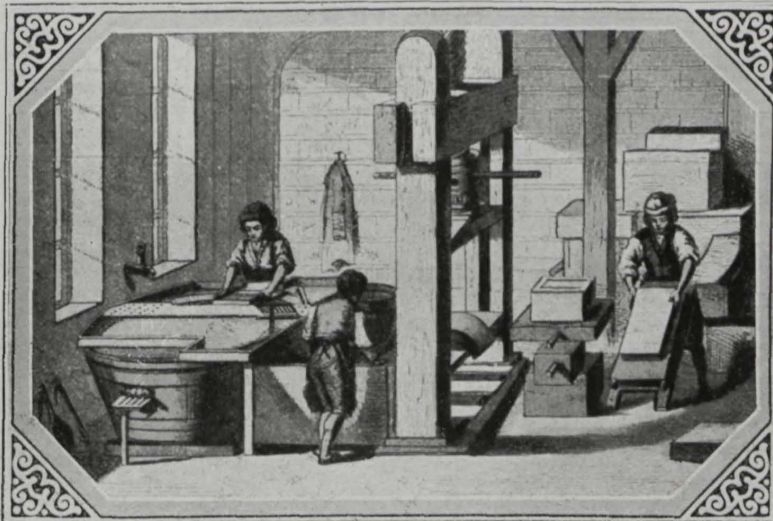
Primitivo procedimiento para la fabricación del papel de imprimir en el siglo XVI



Dibujo antiguo que representa á un obrero impresor enseñando las pruebas de un grabado en madera



Preparación de la tinta



Antiguo procedimiento para la fabricación del papel

(De un grabado antiguo)



Batiendo la tinta

consumado de otra suerte; no lo quiso así el Destino Providencial y quedó con ello la alta doctrina del amor, única ley del mundo, á merced de las disputas de hombres ignorantes, de la bestialidad de los emperadores romanos, de las codicias de los señores feudales, del Mal, en fin, que posee plenamente algo más que la tierra; posee el alma del hombre.

Y si estas letras no pudieran decir más, nosotros sí podemos agregar que se emplearán ahora en deshacer y desdecir todo lo bueno que hasta aquí hicieron y dijeron. Gutenberg transforma, pero no redime. Hubo una época en que se pensó llevarlo á los altares y se pidió á Roma su canonización; fué gran cordura acallar aquella desatinada idea, porque Gutenberg no fué un santo; fué un hombre. Llegará, sin duda, andando los siglos un superior estado de cultura que rehaga la Historia humana y marque el comienzo de una de las Edades en que la divida, con aquel instante en que la imprenta nace, cuando Gutenberg retira de la prensa la primera hoja donde quedaron impresas las letras, grabadas pieza á pieza. No habrá ya Edad Antigua ni Media ni Moderna, sino que se irán marcando los jalones del camino que en el Tiempo va recorriendo la Humanidad con estos nombres: Edad de Aristóteles, Edad de Sócrates, Edad de Jesús, Edad de Gutenberg. Pero de este vano acatamiento no podrá pasarse jamás.

Al cabo, Gutenberg, no hace más que acercár á las muchedumbres algo que era privilegio de los ricos y los poderosos. Antes de él las ideas no se perdían en los surcos, sino que germinaban y florecían y se trocaban en frutos; antes de él existía el libro, y los copistas van dejando á unas generaciones el saber de las que las precedieron. En los castillos, en los palacios y en los conventos los códices acumulados van formando bibliotecas. Las muchedumbres eran ignorantes, pero seguramente eran felices; no llegaban á sus oídos palabras de inquietud...

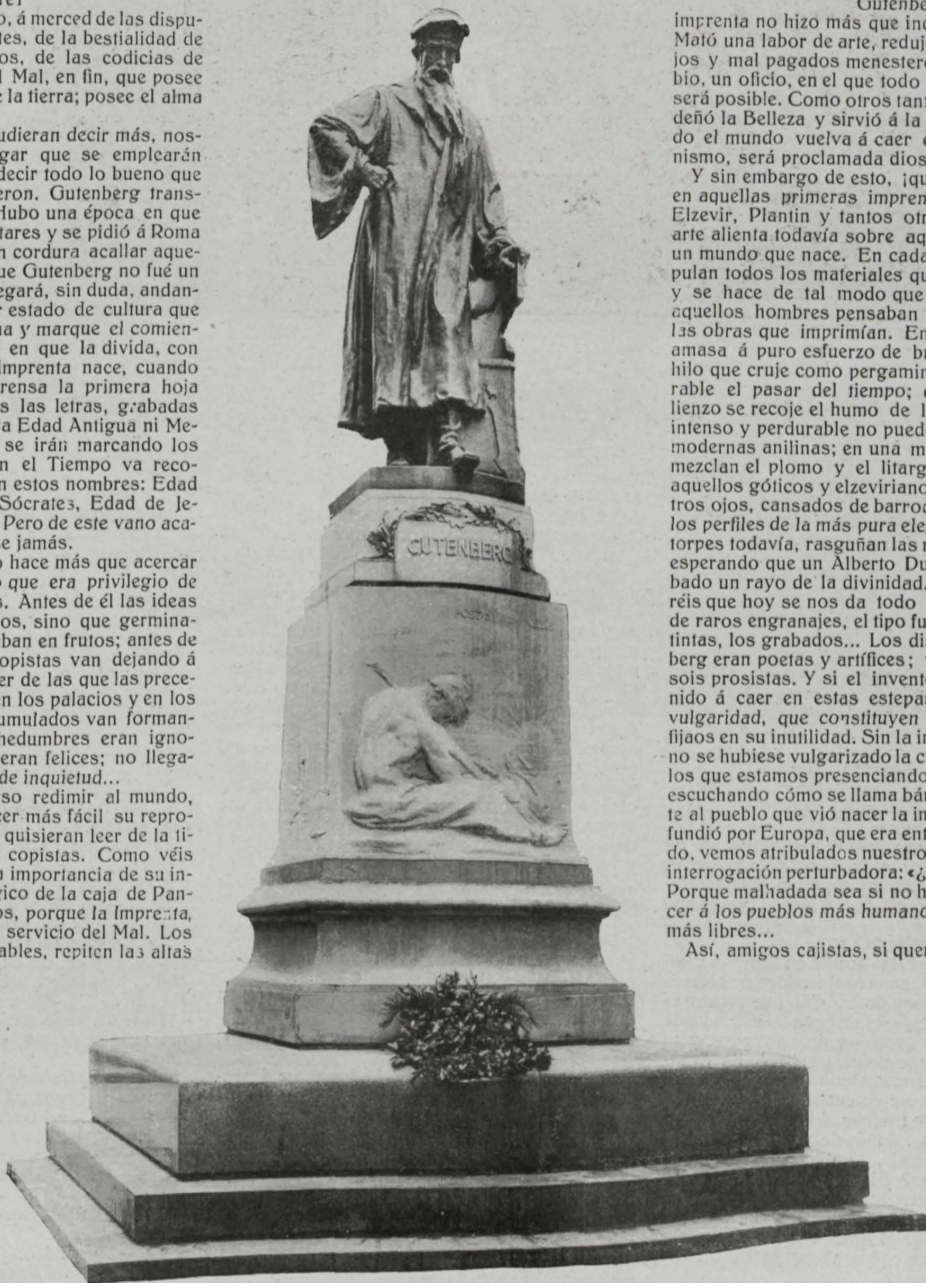
Gutenberg no se propuso redimir al mundo, sino abaratar el libro, hacer más fácil su reproducción y librar á los que quisieran leer de la tiranía explotadora de los copistas. Como véis se ha exagerado mucho la importancia de su invento. El símbolo mitológico de la caja de Pandora resucita en sus manos, porque la Imprenta, apenas nacida, se pone al servicio del Mal. Los primeros libros, los incunables, repiten las altas teologías é historias, que los doctos ya poseían en vitelas admirables, y que no interesaban al vulgo, ó le perturbaban con las enloquecedoras fantasías de la caballería andante ó con las mentiras de la astrología. Es lo mismo que ahora, y como si ello fuese poco, andando los años la facilidad con que se reproducían las hojas impresas, había de engendrar la mala casta de los diaristas, perturbadora de la paz del mundo.

No nos envanezcamos,

pues. En la jerigonza que usan nuestros modernos economistas, diríase que Gutenberg, inventando la imprenta no hizo más que industrializar el libro. Mató una labor de arte, redujo la caligrafía á bajos y mal pagados menesteres, y creó, en cambio, un oficio, en el que todo progreso mecánico será posible. Como otros tantos inventores, desdeñó la Belleza y sirvió á la Utilidad, que cuando el mundo vuelva á caer en un nuevo paganismo, será proclamada diosa.

Y sin embargo de esto, ¡qué admirable poesía en aquellas primeras imprentas de Gutenberg, Elzevir, Plantin y tantos otros! ¡Una llama de arte alienta todavía sobre aquellos talleres! Es un mundo que nace. En cada imprenta se manipulan todos los materiales que el libro necesita y se hace de tal modo que se advierte cómo aquellos hombres pensaban dar la eternidad á las obras que imprimían. En finas de agua, se amasa á puro esfuerzo de brazos, el papel de hilo que cruje como pergamino y afronta inalterable el pasar del tiempo; en una cabaña de lienzo se recoge el humo de la pez, cuyo negro intenso y perdurable no pueden imitar nuestras modernas anilinas; en una matriz de bronce se mezclan el plomo y el litargirio para producir aquellos góticos y elzevirianos en los que nuestros ojos, cansados de barroquismo, encuentran los perfiles de la más pura elegancia; los buriles, torpes todavía, rasguñan las más duras maderas esperando que un Alberto Dürero traiga al grabado un rayo de la divinidad... Comparad y veréis que hoy se nos da todo hecho; la máquina de raros engranajes, el tipo fundido, el papel, las tintas, los grabados... Los discípulos de Gutenberg eran poetas y artífices; vosotros, obreros, sois prosistas. Y si el invento admirable ha venido á caer en estas estepas, abrumadoras de vulgaridad, que constituyen la edad presente, fíjao en su inutilidad. Sin la imprenta—se dice—no se hubiese vulgarizado la cultura. Y nosotros, los que estamos presenciando la guerra actual y escuchando cómo se llama bárbaro, precisamente al pueblo que vió nacer la imprenta y que la difundió por Europa, que era entonces todo el mundo, vemos atribulados nuestros espíritus por una interrogación perturbadora: «¿Qué es la cultura?» Porque malhadada sea si no ha servido para hacer á los pueblos más humanos y á los hombres más libres...

Así, amigos cajistas, si queréis ser felices, evidad á aquellos cabreros humildes, á los que bastaba un puñado de bellotas y poned las añoranzas de vuestro espíritu en aquellas altas, claras y sonoras palabras que escucharon á Don Quijote: «Dichosa Edad...»



Monumento erigido á la memoria de Gutenberg en Viena

Dionisio PÉREZ

DE LA ALEGRE BOHEMIA



LA TAZA DE CAFÉ

Personajes: Ella y Yo.

Edad de los personajes: *Ella*, veintidós ó veintitrés años. *Yo*, la que ustedes gusten; no discutamos. Pero, desde luego, muy joven. Escenario: París.

La acción comienza en la calle Faubourg Montmartre, y termina en la de Châteaudun.

Hora: las siete y media de la tarde de un día de Agosto.

Yo.—(A la entrada del hotel Paris-Niza, con las piernas un poco abiertas y los pulgares en los bolsillos del chaleco, pienso: ¡Puff! ¡qué calor hace! (Miro al espacio que el polvo de la gran ciudad mancha de gris.) ¿Dónde iré esta noche?

Ella.—(Al pasar sonrío.)

Yo.—(Miro.)

Ella.—(Vuelve á sonreír.)

Yo.—(Vuelvo á mirar.)

Ella.—(Se detiene ante el escaparate de un comercio próximo: algo parece interesarla. Pero no; aquello es un pretexto. Inmediatamente gira la cabeza hacia donde yo estoy: tercera sonrisa.)

Yo.—(Tercera mirada.)

Pausa. Aunque «Ella» sonrío en francés y yo miro en castellano, cada cual traduce de corrido lo que el otro quiere decir. «Mi interlocutora» —puedo llamarla así— es de buen talle, bonita de rostro, pinturera y graciosa de ademanes, y su traje de una sobria elegancia estival. La aventura seduce. Voy á acometerla cuando me acuerdo de que no llevo dinero encima. Todo mi capital —quince ó veinte francos, á lo sumo— lo tenía arriba, en mi cuarto, á más de cien peldaños sobre el nivel de la calle. Esta consideración me detiene. ¿Qué hacer? Si subo á mi habitación, mientras voy y vuelvo, mi gentilísima desconocida, ya semiconocida, puede marcharse. Por otra parte, acercarse al Amor con la bolsa vacía es de tan mal gusto como chuparse los dedos en la mesa.

Ella.—(Prosigue su camino. La media vuelta

un poco desdénosa, que acaba de dar, ha sido la última frase del diálogo.)

Yo.—(mentalmente).—¡Alea jacta est!...

¡Lo que Julio César sufriría antes de decidirse á cruzar el Rubicón! Dejo, pues, mi observatorio, y taconeó sobre la acera; me parece que camino por el cauce de un río y que el agua me llega á la cintura. «Ella» no ha visto mi gesto galán, pero seguro estoy de que lo ha presentido; su manera de pisar me lo dice; todas las mujeres presienten esas cosas. Mi timidez regula mi andar, y si procuro no rezagarme, también cuido de no aproximarme tanto que sea inevitable la conversación. Si «Ella» acelera su paso, yo apresuro el mío; si lo acorta, yo la imito. Al fin, se detiene y clava en mí acobardada persona sus ojos azules. Estamos ya tan cerca el uno del otro, que distingo perfectamente su color: son azules. Ella, un instante, mira á otra parte; después torna á mirarme. Yo, he seguido avanzando y ya el abordaje es forzoso.

Yo.—(que nunca me ha gustado cortejar en la calle á las mujeres).—Señorita...

Ella.—Caballero...

Yo.—(hecho un taco).—Perdone usted mi atrevimiento, pero se trata...

Ella.—Usted dirá.

Yo.—Hace un ratito que la vengo siguiendo á usted...

Ella.—¿Ah? ¿Sí?... (Con donaire y viveza). ¿Es usted de la Policía?

Yo.—No, señorita: soy un hombre que desearía merecer el honor de ser amigo de usted, porque es usted muy linda. (Un poco aturrullado, cometo la tontería de querer explicar el origen de mi pasión). Yo me hallaba á la puerta del hotel Paris-Niza, cuando usted pasó...

Ella.—(zumbona).—¿Es curioso?

Yo.—(hecho un mentecato).—¿No había usted reparado en mí?

Ella.—En la calle nunca miro á los hombres. ¿Es usted extranjero?

Yo.—Sí, señorita; ¿se me conoce en el acento?

Ella.—Lo suficiente para comprender que no ha nacido usted en Montmartre.

Yo.—(resuelto á justificar, cuesto lo que cueste, mi presencia allí).—Pues, sí: yo me hallaba á la puerta del hotel Paris-Niza, cuando usted pasó...

Ella.—(que evidentemente no tiene ganas de oír historias).—¿Acaba usted de cenar?

Yo.—Sí, señorita; justamente terminaba de cenar y...

Ella.—Yo también acabo de cenar.

Yo.—(Con alegría, cual si el sincronismo de nuestras funciones digestivas nos acercase).—¡Qué casualidad!

Ella.—¿Por qué? ¿Usted no come todos los días?

Yo.—(Exagerando un poco).—Todos los días.

Ella.—Yo, lo mismo. Entonces, ¿qué hay de raro en que, dada la hora que es, hayamos comido los dos?... (Breve pausa). ¿Me invita usted á café?

Yo.—(De mil colores).—Con mucho gusto.

Ella.—Yo adoro el café.

Yo.—¡Ah!... ¡El café!

Ella.—Una taza de café alimenta más que un solomillo y es, desde luego, más elegante, más chic... Yo prefiero beber café y no cenar, á cenar sin café...

Yo.—(Pensando seriamente en arrojarle me bajo las ruedas de un automóvil).—¡Ah!... ¡Yo, lo mismo!...

Ella.—(Tocándose en un brazo, como insinuando un gesto para apoyarse en mí).—Suplico que usted tampoco habrá tomado café...

Yo.—No, señorita.

Ella.—¿Y pensaba usted tomarlo?

Yo.—¡Oh, naturalmente! Pensaba... ¡Claro!...

Ella.—(Advirtiéndome mi turbación). ¿Qué le sucede á usted? ¿Tenía usted algo urgente que hacer?

Yo.—No, nada... (Vamos cruzando la calle La Fayette y el tráfico de coches nos obliga á mirar á un lado y otro).

ELLA.—Con toda franqueza: por mí no se detenga usted...

Yo.—Muchas gracias. No es eso. Es..., verá usted:

(Disponiéndome por tercera vez a explicar la causa de nuestras relaciones). Yo, como decía a usted, me hallaba en la puerta del hotel París-Niza, cuando usted pasó...

ELLA.—(Interrumpiéndome). Bien, sí; ¿y qué? Yo.—Que como no pensaba salir aún..., como bajé al comedor vestido así, de trapillo..., el dinero me lo dejé en mi cuarto, en el otro chaleco...

ELLA.—(Sonriendo, indulgente). Comprendido; casi lo había adivinado.

Yo.—(Notablemente aliviado con la confesión). ¿Sí? ¿Lo había usted adivinado? ¿Quiéreme usted esperar aquí un momento? En dos brinco voy a mi habitación y vuelvo.

ELLA.—(Irónica). ¿Cuántos peldaños necesita usted subir?

Yo.—Ciento siete.

mente, saca de su portamonedas un franco.

ELLA.—Tome usted. Es mejor que usted pague...

Yo.—(Echándose el franco en un bolsillo de la americana y sin querer dar las gracias).—Bueno...

Nos sentamos. Pocos parroquianos. Un mozo nos sirve café.

ELLA.—(Con delicia).—¡Qué rico está!

Yo.—(Que acabo de abrazarme los labios, y con los ojos anegados en llanto). ¡Cuidado, va usted a quemarse!

ELLA.—No importa. ¡Qué rico está!...

Silencio. El mozo nos observa, á intervalos, desde detrás de un periódico que ha empezado á leer. «Ella» acaba de vaciar su taza con delección, con frenesí, y detiene en mí la serenidad de sus pupilas azules.

Yo.—(Animándose).—¿Pero es cierto que va usted á amarme?

ELLA.—¿Por qué cree usted eso?

Yo.—¿Eh?... Después de la confianza, de la

cuando le ví á usted. Usted me miraba con agrado y pensé en el acto: «Este es el hombre que necesito; el hombre que va á acompañarme al café». Así ha sido. Si usted hubiese llevado dinero, me habría dejado invitar, sin creer por ello que su invitación le autorizaba á nada; como usted no tenía dinero, he invitado yo. En esto no existe el menor perfume amoroso, porque... ¡no se ofenda usted!... pero no es la simpatía de usted, si no la compañía de usted, lo que yo he pagado.

Yo.—(Aturdido como si acabase de caerme á la calle desde la altura de un quinto piso). Entonces... ¿no volveremos á vernos?

ELLA.—No es fácil.

Yo.—¿Por qué? ¡Oh, sea usted buena! Nos veremos...

ELLA.—Imposible. Mañana salgo de aquí para Suiza.

Yo.—¿Por mucho tiempo?

ELLA.—No lo sé.

—Yo.—¿Ama usted á alguien?



ELLA.—¿Los tiene usted contados?

Yo.—Muchas veces.

ELLA.—¿Y, por un franco, va usted á realizar una ascensión tan penosa? La cantidad no lo merece. ¡Ea; yo le convierto á usted á café!

Yo.—¡Señorita! (Con dignidad ofendida).

ELLA.—No hablemos más: le invito á usted.

Yo.—(Hechizado porque ya no duda de que aquella mujer, que ni siquiera me ha dicho su nombre, acaba de volverse loca por mí. ¡Son las francesas—según cuentan en España—tan caprichosas!) Pero, señorita... Lo que usted me propone, francamente, no está bien. Yo no debo consentir...

ELLA.—(Impaciente). No discutamos eso; sería una ridiculez. Yo.—Así, tan de pronto..., sin conocernos apenas... ¿Qué va á pensar usted de mí?

ELLA.—Nada.

Yo.—(Sintiéndose vagamente apache de película). Bien; como usted guste... ELLA.—Aquí, á la entrada de la calle Château-dun, hay un café.

Yo.—(Me dejo llevar.)

Un rato caminamos en silencio, parecemos amantes. Al llegar al café, «Ella», disimulada-

simpatía... que acaba usted de demostrarme... ELLA.—¿Tomar café con una mujer ¿tiene importancia en España?

Yo.—¡Evidentemente!

ELLA.—Aquí en París, no señor. Yo, al menos, no concedo á ese incidente valor ninguno.

Yo.—Pero, en fin: ¿es que le disgusto á usted?

ELLA.—No he meditado en eso: me parece usted un hombre correcto y nada más.

Yo.—¡Canastos, no la entiendo á usted! Usted al pasar por delante del hotel París-Niza me ha mirado una y varias veces; usted me ha dado un franco...

ELLA.—¿Y qué? Todo eso no significa nada. Voy á explicarle á usted lo ocurrido. Yo, que según he dicho, no puedo vivir sin beber café después de las comidas, tengo una amiga con quien lo tomo todas las tardes: un día lo paga ella, otro día lo pago yo. Esta tarde, luego de cenar, fui como siempre, en busca de mi «copine», y no la encontré: había tenido que hacer y se había marchado. Mi apuro era grande, pues yo necesitaba beber café y, al mismo tiempo, me molestaba muchísimo entrar en un café sola: me parece que todo el mundo me atisba y que me juzga lo que no soy. En esto iba pensando

ELLA.—Sí. (Su rostro se oscurece. Pausa. Luego, con cierta brusquedad).—Y, si no le quiero, precisamente, le sigo: es mi deber. (Transición). Ahora, pague usted y vámonos.

Yo.—Un momento... (Suplicante).

ELLA.—A no ser que tenga usted gusto en quedarse; pero no estaría bien dejarlo marchar sola...

Llamo al mozo y tiro el franco... «su franco»... sobre la mesa, y en el tintineo de la moneda sobre el mármol hay como una ironía. Después «Ella» y yo nos levantamos y lentamente atravesamos el local. Llegamos á la puerta.

—ELLA.—Aquí nos despedimos.

Yo.—(Suspirando). Como usted guste.

ELLA.—Sí; porque podrían vernos. Adiós.

Yo.—Adiós.

ELLA.—Y... muchas gracias.

—Yo.—(Casi patético). Adiós.

Ella saluda y se marcha. ¡Qué extraña aventura! ¡Aquella mujer que no he vuelto á ver! ¡Aquella moneda que oigo reír aún!... ¿Verdad, lector, que estas cosas raras son, exclusivamente, «cosas de París»?

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE TITO

LA GUERRA EUROPEA

IMPRESIONES DE LA CAMPAÑA



La plaza del Mercado de Hattonchatel ocupada por los alemanes

Sigue la lucha monótona, lenta, tenaz, sin destellos de arte. Guerra lineal de ciego empuje, sin destrezas ni artimañas; y cuando estratégicas concepciones de un caudillo germano nos traían de Oriente la esperanza de una encarnación de arte y ciencia en un gran capitán de los modernos tiempos, vemos sus triunfos obtenidos y fortificados, y renovada en las riberas del Vístula esta pelea de topes que en Flandes, junto á los sinuosos canales que afluyen al Iser se ha hecho endémica. Germanos y aliados han innovado en esta etapa guerrera los perfiles de la fortificación de campaña.

Antaño todo era sencillez en estos trazados; á ello obligaba la rapidez en la construcción, la constante movilidad de las tropas sobre el campo del combate, porque al resultado de la maniobra se fiaba el triunfo; hoy, más que trincheras son viviendas trogloditas confortadas á la moderna; biombos chinoscos que separan habitaciones subterráneas salientes rocosas que ora son mesas de noche, ya anaquelaría de pertrechos marciales; troncos de árboles, puntales del techo, percheros y soportes de armas; todo un refinamiento no previsto en los tratados de construcción de trincheras.

Las artillerías de los beligerantes entablan con frecuencia ruda lucha y con su protector apoyo avanzan columnas de infantes á dis-

putarse palmo á palmo el terreno, y hoy es de los unos lo que ayer fué de los otros en sucesivas peleas de conquistas y reconquistas.

Lo más duro de esta ininterrumpida lucha es la inclemencia atmosférica y la fatiga sin límites de un nerviosismo perenne; parece increíble que hombres avezados á una vida cómoda y tranquila, puedan habituarse á esta fatigosa existencia; pero ya lo dijo uno de los más sabios tratadistas militares, Jacquinot de Presle: «El hombre, á beneficio de su fuerza moral, se habitúa de

tal modo á soportar las mayores fatigas y privaciones, que le bastan algunos momentos de descanso y alimentarse de cualquier manera, para reparar sus fuerzas físicas.»

Mucho hace y puede la artillería en esta campaña, mas hoy, como ayer, cumple á la infantería la misión de decidir el resultado del combate, de poner con su energía y audacia punto final á la batalla, ó de contener con su arrojo y sacrificio el ímpetu avasallador del contrario.

La infantería fué siempre quien conquistó territorios: la falange macedónica arruinó al imperio de los persas; la legión romana conquistó una parte del mundo y anuló el poder de los griegos; nosotros debemos á nuestra heroica infantería las victorias sorprendentes que le dieron fama mundial.

La fuerza principal de la infantería esriba en sus fuegos y en su movilidad; en la cierta elección de posiciones para ejercer aquéllos con acierto y seguridad; pues la bayoneta sólo podrá emplearla en alguna que otra ocasión.

A la fuerza material es preciso unir el valor sereno indispensable para cerrarse con el enemigo cuerpo á cuerpo, ó para esperarlo de cerca á fin de usar enseguida de las armas blancas.

No obstante esto, y la repetición persistente de su empleo, la bayoneta es en el día secundaria, pues aun en



Un castillo de Francia convertido en hospital de sangre por los alemanes



CÁMARA

Labradores franceses huyendo de la invasión alemana

el caso de servirse de ella, se usa siempre después de un fuego continuado.

En esta sangrienta pelea que devasta y arruina los campos de Flandes los combatientes, sobre todo los germanos, emplean mucho el ataque en columnas cerradas. Tiene este ataque un natural inconveniente: su excesiva vulnerabilidad, mas lleva en sí varias ventajas nacidas del corazón humano; es más fácil entusiasmar y electrizar los hombres vencidos en masa que los que se encuentran dispersos en extensa guerrilla; por otra parte, los que marchan en cabeza, viéndose apoyados y sostenidos por los que les siguen, adquieren mayor audacia, y á su vez, los que van detrás, creyéndose cubiertos por los que les preceden, temen mucho menos los esfuerzos de sus adversarios.

Este método de combate es, además, muy apropiado para tropas de escasa instrucción;

también es fácilmente adaptable á las sinuosidades y accidentes del terreno y resiste sin esfuerzo el empuje de la caballería.

Se usó mucho en todas épocas para forzar desfiladeros y puestos atrincherados.

A cambio de las ventajas antedichas, adolece la formación referida de la gravísima dificultad de exponer sobremanera la tropa al fuego de la artillería, particularmente en los terrenos llanos; por ello la marcha ha de ser rapidísima, cosa que exige soldados de una abnegación incomparable.

Es peligroso que las columnas sean muy profundas y hay que evitar á toda costa que una vez iniciada la marcha hacia el enemigo, vuelva la columna la espalda.

Por esta causa fueron enormes las pérdidas de los franceses en la batalla de la Albuera.

Estas columnas asaltantes marchan, por regla

general, contra los ángulos salientes de la línea de trincheras ó contra los puntos juzgados como más débiles.

Así, volviendo á usar métodos y formación que la táctica habría desechado en su adaptación al progreso de las armas, defienden los belgas la pequeña zona que de su reino resta en su poder; así defienden los ingleses la costa vecina de la suya, para que el osado teutón no busque en ella punto de apoyo para futuros ataques; así defienden los franceses su invadido territorio y así sostienen los germanos la guerra alejada de su país, evitándole la sangrienta estela de lágrimas y ruina, de desolación y espanto que lleva consigo la brutalidad de la lucha.

Solamente este rasgo militar de las tropas germanicas, constituye, en verdad, un triunfo brillantísimo.

CAPITÁN FONTIBRE



TROPAS FRANCESAS ATACANDO Á LAS LÍNEAS ALEMANAS EN FLANDES, DURANTE LA NOCHE, ENTRE UN FURIOSO TEMPORAL DE NIEVES Y LLUVIAS

DIBUJO DE PAUL THIMOT



Magdalena Gómez



Carlos Rubio

Mártires anónimos

Siempre fué costumbre al hablar de poetas, de artistas y de escritores, lamentando sus desgracias al relatar sus amarguras, prescindir de las que conturbaban el alma de sus compañeras: de las infelices mujeres que al lado de ellos desfallecieron, y fueron víctimas del sino trágico que parece gravitar sobre el genio. Todas las flores piadosas que la misericordia puso en las manos de la compasión, consagraronse á las frentes pálidas que al sepulcro bajaron orladas con ellas. Y no dedicamos ni una tan sólo para las abatidas cabezas femeninas sobre las que descargó el rayo de la adversidad.

Y sin embargo ¡qué honda y horrible melancolía la que desgarró aquellos corazones amorosos y resignados! Vivieron sin vivir, viendo apagarse paulatinamente la luz de sus ilusiones. Ligadas á seres excepcionales supieron lo que eran noches aflictivas y heladas, días de ayuno y de miseria, contrariedades, infortunios, desencuentros, inquietudes...

Tuvieron fe un día y creyeron en la gloria que el destino les deparaba; pero luego ¡qué amargo y doloroso despertar!...

Ante nuestros ojos tenemos el retrato de una mujer desgraciada y buena: el de la esposa de Carlos Rubio, uno de los hombres más interesantes de la historia del pasado siglo. Casada en 1865 con el poeta de la revolución de Septiembre, sufrió con éste persecuciones, molestias, vicisitudes de todo género.

Mártir anónima de aquella lucha terrible que sostenía Carlos Rubio, compartió con él las tristezas y tribulaciones de su situación.

Hombre aquel de austeras costumbres y espartano desinterés, sacrificóse por las ideas democráticas sin recibir en pago favor alguno. Triunfante su partido, vió que sus compañeros del día anterior le volvían la espalda sin hacerle caso. Fué confidente de Prim, amigo de Sagasta, camarada de Rivero; mas ninguno le recordó cuando llegó la hora de otorgar mercedes...

Vivía Carlos Rubio mísera y pobremente en un humilde cuarto de la calle de la Verónica. Allí habían muerto sus padres, y allí había de morir él tras una agonía espantosa.

Allá como figura maternal de noble espíritu abnegado y paciente, sufriendo con admirable y estoica mansedumbre las sevicias de la suerte injusta estaba su mujer, llenando con su previsión los infinitos huecos por donde el hambre acechaba. Llamábase Magdalena Gómez y era una mujer relativamente guapa. Criada en el extranjero, contrajo matrimonio con Carlos Rubio en Londres, durante una de las muchas proserpciones del revolucionario autor de «Rienzi».

¿Qué cualidad suya le sedujo para dar su mano al poeta, que era feo, pobre, extravagante, soñador, é iluso? Probablemente las desdichas de aquel corazón infantil é inquieto tan necesitado de caritativas ternuras.

Fijémonos en que el sacrificio cuando florece hace lo en las almas femeniles forjadas al parecer para el sufrimiento. Recordemos como en nuestras grandes desdichas fueron enjugadas nuestras lágrimas por una blanca mano de mujer solícita. Espronceda, emigrado, errante, fugitivo y perseguido; necesita á Teresa, cuyo espíritu bohemio acompaña al poeta siguiéndole en su desgracia; Fernández y González, cuando llega la derrota y le sorprende la muerte en ocasión en que el fastuoso escritor no tiene más que seis reales en el bolsillo, no es asistido más que por su pobre mujer que en aquel momento olvida todo lo que su esposo le hizo padecer; Narciso Serra, cuando la parálisis le clava á un sillón para tenerlo allí durante quince años, ve como simbólica paloma caritativa posada en el Ararat de su desesperación á su conturbada madre que le cuida, día tras día, acallando el llanto del que vivió alegremente para morir abandonado de todos, como se acalla el de un niño...

Así le sucedió á Carlos Rubio. A los días de gloria ruidosa y populachera habían seguido los

negros días del olvido. Los periódicos no solían publicar sus artículos como en otros tiempos. Y empezaron para él penalidades y angustias, cuitas y miserias de esas que se sufren silenciosamente lejos de los hombres y á veces cerca de Dios...

El día 17 de Junio de 1871, dejó de existir. Algunos literatos escribieron un manifiesto recordando los méritos del difunto y pidiendo al Gobierno protección para sus deudos. Sus palabras fueron desoídas. En cuanto á su esposa...

Un día desapareció de Madrid. Aquí dejaba toda su juventud, toda su vida; aquí habían quedado todas sus ilusiones, todos sus sueños. Y pasaron los años. Ya no era aquella mujer risueña y hermosa de otros días, sino apacible viejecita que había visto mucho y sufrido más. Quizás diera consejo á las mozas lugareñas é inexpertas, acaso escuchara, sonriente, explosiones de entusiasmo juvenil y crédulo...

El día 7 de Octubre de 1913, publicó un periódico de Madrid la siguiente noticia:

«En una mísera guardilla de una casa de Santander y sin más compañía que la de una sobrina suya, ha fallecido D.^a Magdalena Gómez, viuda del famoso escritor y político D. Carlos Rubio, el cual en vida de Sagasta y Calvo Asensio, fué redactor de *La Iberia*, cuando este periódico llegó al máximo de la popularidad.

Descanse en paz.»

Este fué el epílogo de aquella triste novela. ¡Cómo empiezan éstas y cómo acaban! Principian entre risas, alborozos, ambiciones é ideales, y terminan con el fúnebre clamor de una campana que al doblar por un hombre, dobla por todos...

Recordemos á los poetas, á los escritores, á los artistas víctimas de su genio que dejaron de existir desconocidos y pobres; pero no olvidemos á las que el Destino eligió para que fueran sus compañeras de martirio, de penalidades y sufrimientos...

JUAN LOPEZ NUÑEZ



BLANCA PRIES, HIJA DE LOS CONDES DE PRIES

La lindísima malagueña, de esbelta figura y airoso continente; de ojos soberbios y espléndida cabellera rubia; sus facciones poseen encanto irresistible; su candor seduce y arrastra con la atracción del misterio. El mayor encanto de Blanquita está en el timbre y expresión de su voz: cuando habla, es un encanto; es algo deliciosamente musical y acariciador del oído, que éste recoge con placer inefable, deseando que el manantial de palabras no se agote jamás

CUENTOS ESPAÑOLES



El ideal se salva

De Sara Luque a Gabriel Merino

PREPÁRESE, amigo mío, á abrir mucho los ojos, y á sorprenderse en el más alto grado: la sorpresa comenzará no bien rompa usted el sobre de esta carta y se convenza de que es mía; sé muy bien que yo no debía escribirla, pero si todos hiciéramos lo que debemos, usted no se hubiera burlado de mí, y yo no tendría necesidad de manifestarle mi disgusto; ese disgusto que quizá no sepa apreciar, porque usted es hombre, y los hombres no disculpan, por no saberlas comprender, las cosas que á las mujeres nos ocurren.

Dígame en buen hora si ha ganado algo con sacarme de mis casillas, malbaratar mis ilusiones y herir profundamente mi amor propio; dígame también si el Sr. Merino, ese famoso señor Merino que conduce automóviles, juega al polo y hace gemir las prensas cada vez que se le ocurre lucirse en los concursos hípicas, no debió poner sus ojos pecadores en dama de más fuste, en mujer de calidad superior á la mía, pobre burguesa que no frecuenta el mundo, y que gracias á disponer de un mediano caudal y no ser fea del todo, no vive en un rincón desconocida é ignorada.

Pero ya se ve; á mí creía usted tenerme segura; yo no soy de las que dan fama y nombradía, de las que dan *cartel* como dicen ustedes, y por ser como soy, y por ser usted como es, me abandonó de un modo miserable en cuanto se cruzó en nuestro camino la duquesa de Falkland, esa ilustre señora que ha venido á Madrid no sabemos á qué, (si bien sospecho que no ha sido á que usted la enamore), cuya belleza, distinción y elegancia, cantan continuamente los escritores de salones de todos los periódicos madrileños.

Yo guardaría á usted, amigo mío, un profundo rencor, (hay abandonos que las mujeres no perdonamos nunca), si no supiera, —y perdóneme que se lo diga—, que en el pecado ha de llevar la penitencia: su jugada, indigna á todas luces de

un D. Juan, ha sido pueril y tonta, jugada de cazador que trata de matar dos pájaros olvidando ambicioso que pudiera quedarse sin ninguno de ellos; porque yo no sé á punto fijo lo que hará con usted la duquesa de Falkland, pero de mí... de mí, ¡respondo!

Y si al obrar mal no arrastráramos á nadie, si nadie más que nosotros supiera los tristes resultados de nuestra debilidad lógica ó ilógica, vaya con Dios, la falta podría perdonarse; á lo que no tenemos derecho es á jugar con los sentimientos del prójimo, á hacer mangas y capirotos de la tranquilidad ajena, á hacer, en suma, lo que usted hace conmigo, que desde la tarde de anteayer, (pavonéese cuanto guste aunque yo con vergüenza se lo confiese), no tengo hora tranquila ni instante de sosiego.

Nunca fuí á buscarle, jamás nos habíamos tratado, pero cuando usted vino á mí, ni su nombre ni su persona me eran desconocidos, su nombre lo repite á diario la fama vocinglera, y en cuanto á su persona..., no sé si habrá olvidado á Lolita Capriles, aquella pobre mártir...; pues bien, Lola Capriles fué íntima amiga mía.

Quiere decir lo expuesto, Sr. Merino, que yo le conocía á usted sin conocerle, y sabía de usted lo que sabemos todos; que es usted un guapo mozo, tan sobrado de fortuna como falto de escrúpulos, que tiene usted de la moral y del deber un concepto muy vago, que es usted un egoísta de siete suelas sin otro Dios que su persona, ni mejor ley que su capricho, y que ante todo, sobre todo, por encima de todo, es usted un cómico de primera fuerza, un cómico superior á cuantos histriones eminentes pisan los escenarios cosmopolitas.

Lola Capriles, aquella pobre mártir, vuelvo á decir, me confió muchas veces:

—¡Qué actorazo, Sarita, qué actorazo se pierde el teatro de la Princesa!...

Y entre hipo y sollozos, entre pucheros y lágrimas, me hablaba de usted, de los ojos de usted, tan rasgados, tan negros, de las manos de usted tan felinas, tan suaves, y de esa voz de usted tan acariciadora, tan varonil, tan enérgica, tan vibrante...

¡Pobre Lola!: en su lecho de muerte me preguntaba, todavía llena de esperanza, si usted no iría á verla; pero usted huye de la tristeza, usted es incapaz del más liviano sacrificio, usted dejó que se apagaran olvidados los ojos de mi pobre amiga que yo cerré, acuitada y llorosa; ya ve, Sr. Merino, cómo sin conocerle le conocía...

En resumen, —¿para qué ocultarlo?— yo tenía de usted muy pobre idea; así, cuando se me acercó tímido, balbuciente —(su eterna táctica)—, y proclamándose rendido para que nadie le eche en cara el rendimiento, sonreí gozosa: en el fondo de todo corazón femenino latén un vengador y un apóstol: yo quisé vengar en usted los quebrantos de Lolita Capriles; quise también hacerle sentir mi yugo, hacerle comprender que el amor no es un juego, é interesarle en la partida, y ofrecerme, y negarme, y martirizarle en fin, hasta que su orgullo cediera, su vanidad se aplacara, y su amor, y su amor propio lloraran de consuno su derrota.

¡Ay, amigo mío!: grandes eran mis ambiciones, escasas mis fuerzas, y una vez más el domador fué pasto de las fieras; para realizar mi programa se necesitaban dos cosas: que usted estuviera enamorado de mí; que no me enamorara de usted: y sucedió..., sucedió que mientras usted no me quería, yo me enamoré de usted como una estúpida, y allá se fué rodando el castillo de naipes de mis buenos propósitos.

Con entera sinceridad se lo confieso: es usted persona que sabe hacerse querer: conmigo rayó usted casi á la altura de lo sublime; sirviéronle las tormentas de su vida pasada para inmolarlas

como grato holocausto en mis altares; mis pre-
venciones todas, se disiparon; mis objeciones y
distintos volvíéronse contra mí, y hasta hube de
agradecerle sus liviandades y amorfos que no
probaban sino la inquietud de un hombre que
busca por el mundo su alma gemela sin conse-
guir hallarla, que se distrae para aturdirse, y que
se aturde para consolarse.

—¡Si yo la hubiera conocido antes, Saral...

¡Qué buen actor es usted, amigo Merino!...
razón tenía Lola Capriles: en sus ojos brillaba el
fuego asolador de una pasión inmensa; en su
rostro se leía toda la gama de los sufrimientos;
retorcíanse sus manos en ademán de súplica;
¡lloraba usted lágrimas verdaderas!...; usted acar-
icia con la voz como otros acarician con las
manos...

Cuanto le oigan hablar fiarán siempre en sus
palabras: ¿qué podía hacer yo, si además estaba
deseando creerle?...

Y le creí á pies juntillas, con fe tan ciega como
inquebrantable, y sintiéndome amada le amé con
mayor fuerza; fué usted para mí algo que se me
imponía, que me dominaba, la constante preocu-
pación de mis horas, la razón suprema de mis
acciones, mi dicha, mi tormento, el aliciente de
mi vida, mi ilusión más ísueña, mi ideal más

ted—: se trata de hacer unas fotografías y no
creo que la cosa merezca grandes discusiones: á
las tres la espero; si llega usted más tarde no
habrá buena luz; conque, mañana á las tres, y no
se hable más del asunto.

¡El estudio fotográfico de Gabriel Merino!...
¡Apenas si se ha hablado de él en este Madrid de
nuestras culpas!; discutimos largamente: yo sa-
bía que usted había retratado á muchas señoras,
pero á pesar de eso, quizá por eso, discutimos
el punto; la literatura francesa nos ha enseñado
lo que quiere decir «estudio de fotógrafo», «estu-
dio de escultor», «colección de cuadros, de mi-
niaturas ó de porcelanas»; además, amigo mío,
Lola Capriles visitó ese estudio...; y si usted
supiera cómo lloraba unos meses más tarde!...

Nuestra discusión terminó sin llegar á un
acuerdo, cosa que nada tiene de extraño porque
eso es lo que ocurre en casi todas las discu-
siones.

—Hasta mañana—dijo usted al despedirse.

Y temblé cuando usted me besaba la mano; no
le dije que iría...; verdad que tampoco le dije que
no iría...

Noche de insomnio fué aquella, amigo Ga-
briel: al levantarme, ya muy entrado el día, ¡qué
desasosiego!... Mi inquietud aumentaba de hora

De repente mi pulso se paraliza, el corazón me
da un vuelco, mis ojos se abren asustados, se
abren más y más, como preguntándose si ven
realmente lo que realmente ven: ¡ah!, sí, no hay
duda: es usted, usted que avanza dando el bra-
zo á la duquesa Falkland; cuchichean ustedes,
estrujándose como novios, sonríen con las ma-
nos unidas; con ágil movimiento la roba usted
un beso: ella le envuelve en una mirada de amor
triumfante...

Yo, amigo mío, lloro mi derrota: se hace la
luz y comprendo de un golpe lo que soy para
usted, lo que para usted valgo y significo; ¡niecia
de mí que le compadecía!... Siento ira al princi-
pio, tristeza después, y vergüenza, una espanto-
sa vergüenza por último: despierto bruscamente
de mi sueño, se hunden mis ilusiones, se de-
rumba el ideal, y corro á refugiarme en casa,
llorando mucho, llorando siempre, mientras us-
ted y la duquesa se pasean y charlan, se aman
y ríen.

No, no me pida perdón, porque no puedo per-
donarle: hay cosas—ya lo dije al principio de mi
carta—, que las mujeres no perdonan nunca,
pero sea usted generoso, y no me niegue el fa-
vor que le pido.



alto...: una palabra cariñosa de usted me ponía
alegre; un gesto huraño me tornaba triste...: ¡ah,
no!, la duquesa de Falkland valdrá más que yo,
será más elegante, y más guapa y más rica, pero
nunca sabrá quererle como yo le he querido...

Usted alentó con sabia paciencia los progre-
sos de mi cariño: nos veíamos en mil sitios dife-
rentes, en el turno segundo del Real, en los tés
del Ritz y del Palace, pero nunca solos, nunca
en lugares sospechosos que dieran pábulos á los
maldicientes poniendo en entredicho mi buen
nombre: su respetuosa actitud triunfó de todas
mis suspicacias, y convencida de que usted me
quería le agradecí que me permitiera continuar
siendo honrada, quizá por lo mismo que sentía
bullir en mi cabeza el germen de las grandes lo-
curas.

Un día, sin embargo, (debió usted creer que ya
era el momento oportuno), me dijo usted á raja-
tabla:

—¿Por qué no viene usted á mi estudio?: soy
fotógrafo de afición y quisiera hacerle unos re-
tratos: usted es una belleza clásica: con la cara
de usted, un grupo de clavel: s, una peña de
concha y una mantilla blanca, el más topo hace
una obra maestra: ¡que se fastidie Goya!—añadió
usted, bromista.

Hice un mohín muy expresivo.

—Por Dios, nada de disculpas,—replicó us-

en hora; no pude almorzar; á las dos, lista para
salir, tenía fiebre...

Salí en efecto: «¿iré?», «¿no iré?»—me pre-
guntaba—; el corazón me llevaba al estudio; el
deber me decía que no fuera: usted, egoísta y
caprichoso, usted fatuo y cruel, usted traidor y
embustero, usted hombre en fin, no sabe lo te-
mible y dolorosa que es la lucha entre el deber y
el sentimiento.

En un arranque decisivo, vencí la tentación: á
las tres en punto me apeaba en el Parque del
Oeste: pascé sus umbrías; me asomé á ver el
agua que corría bajo los puentes rústicos; con-
templé eternecida las ruedas de chiquillos que
jugaban al corro: sus canciones, candidas é in-
fantiles, las mismas que canté yo cuando era
niña, sonaban bulliciosas como un himno jocun-
do, dulces y ensoñadoras como una evocación...

Of una campanada.

—Las tres y media,—pensé—: imposible—añadió
en mis adentros—llegar al barrio de Salaman-
ca antes de las cuatro: y ya no habrá buena luz;
será muy tarde...

Ríase usted, verdugo, ríase cuanto quiera: mal-
dije mi timidez, renegué de mi cobardía, me arre-
pentí de... no haber ido: y me compadecí de us-
ted, tan bueno y cariñoso; de usted, que lleno de
turbación me estaría esperando, y sentí una an-
sia inmoderada de aliviar sus penas...

La caridad nos obliga á reparar el mal que ha-
cemos: repare usted el que me ha hecho, con-
sérvenme las ilusiones y no le guardaré rencor
dando al olvido su proceder villano.

Escribame una carta citándome en su estudio:
cítame mañana á las tres, por ejemplo, y promé-
tame no salir de su casa y esperarme una hora,
dos horas, muchas horas; prométeme esperar-
me hasta que yo llegue...

Yo—(no se yo usted ni interprete mal mis pa-
labras)—, no llegaré nunca; pero ¿eso qué im-
porta? me repetiré á mí misma que hay alguien
que me quiere, alguien que piensa en mí, que
por mí sufre y que me espera...

Romanticismo trasnochado, puerilidad, con-
forme: será pueril y ridícula mi idea; pero es la
idea de alguien que le quería con el alma, y esa
sencilla consideración merece todo su respeto.

Mañana á las tres: ¿conformes?

No se haga usted ilusiones, amigo mío: no he
de ir á su estudio: ¿quiere usted que le jure que
no iré?...

Pero aun cuando no vaya, siempre podré pen-
sar que usted me espera, y fingiré creer que mi
ideal se ha salvado...

MANUEL DE MENDIVIL

DESIJOS DE CREGORIO VICENTE

ENTRE TURQUÍA Y RUSIA LOS DESFILADEROS DEL CÁUCASO



Un "medai" charlatán persa



Bandoleros saltadores de los montes caucásicos

HABLAN los partes oficiales rusos de la tremenda derrota infligida á las armas turcas por las tropas moscovitas en los desfiladeros del Cáucaso, cerca de la villa de Sary Kamich.

El ejército del Zar, en esas apartadas regiones del Imperio, está formado por los pobladores de dichos parajes, hombres, en su casi totalidad, de vigorosa constitución física y acostumbrados desde la niñez al manejo de las armas. Estas tropas de que disponen los rusos, están en permanente estado de guerra, por las continuas sublevaciones del elemento mahometano limitrofe y por la constante represión del bandolerismo que se afianza en aquellos elevados picos. Es, por tanto, un ejército entrenado. Muy reciente está la expedición realizada por dichos contingentes al interior de Persia, ocupando Tabriz y otros lugares, restableciendo el orden en aquel foco de anarquía y consiguiendo un indudable efecto de sana moral para el ejército ruso.

Frente á él hallamos las tropas otomanas llegadas precipitadamente de la Anatolia y otras provincias de la

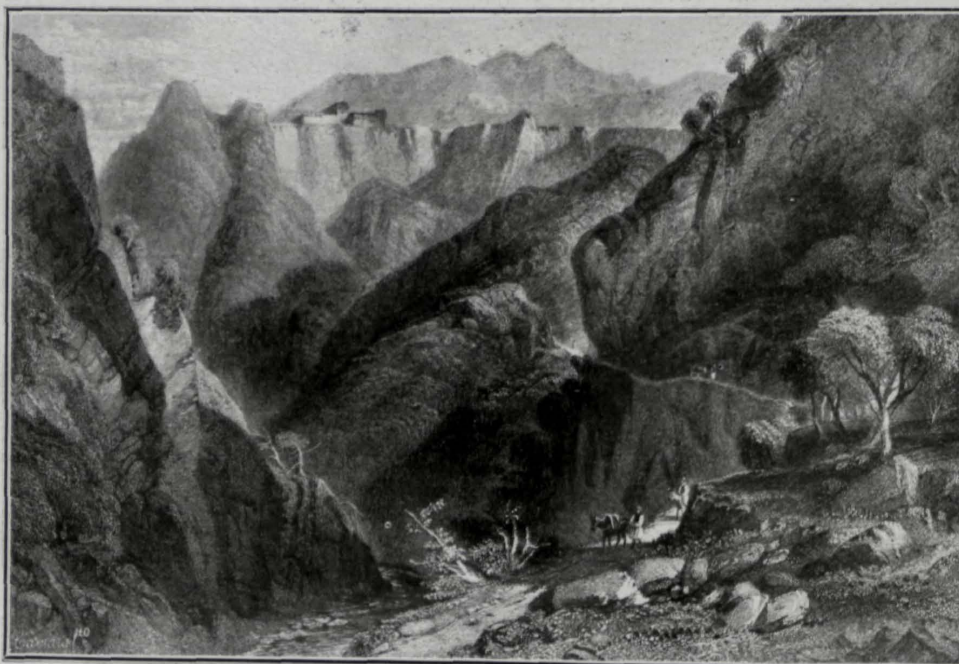
Turquía asiática, y á su frente al invencible Enver Bajá.

En verdad, que los combates desarrollados en esas bocas del Averno que separan el Asia de Europa, han debido recordar las «fazañas» de Orlando furioso en las entrañas de la tierra. No es otro aquel lugar, verdadero cataclismo geológico que une las dos partes del mundo antiguo y moderno.

Retorcidos arbustos cubiertos de odoríferas flores; plantas gramíneas de especies desconocidas y notables por su robusta formación, únense á troncos gigantescos cubiertos de yedra, que proyectan una sombra bienhechora y cuyas cimas se pierden en las nubes. Todo es exuberante en los flancos de estas altas montañas. El espectador de tan magnífico panorama no puede dejar de sentir un vivo sentimiento de

sorpresa y de admiración á la vista de la escena que á sus ojos se ofrece. El Dante, en su paseo infernal, no concibió otro lugar que más se asemejara al que es barrera infranqueable entre dos pueblos, el eslavo y el mahometano.

En las orillas del impetuoso torrente, el armado labriego se halla recogiendo las metaíferas arenas que revelan la riqueza mineral de esas rocas que componen el macizo caucásico; posadas en la rama de algún árbol ó en franco vuelo por el aire, las aves de variado plumaje y de armonioso canto, fascinan nuestras miradas y arroban nuestros oídos. El aire enrarecido y la atmósfera diáfana permiten distinguir el horizonte lejano. En torno reina un



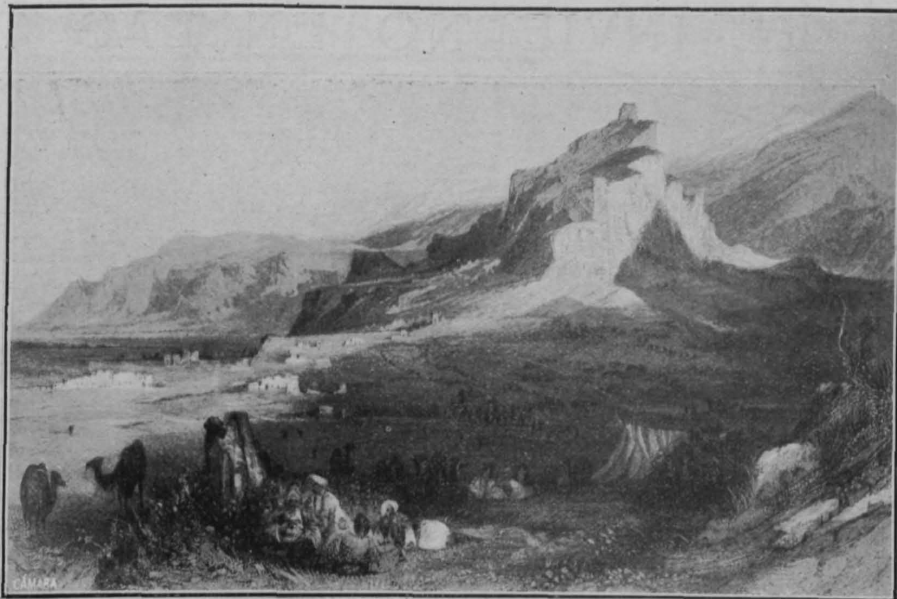
El valle de Luli y la fortaleza de Acheron, en Erzerum

silencio tan profundo, una calma tan plena, que por poco que se ame la soledad, de grado fijáramos la morada en estos parajes sorprendentes.

Los habitantes de estas montañas son de carácter turbulento; son gentes de dudosa historia, que en tiempos de paz habitan sus villorrios, haciéndose notar por el fausto y el lujo de sus vestiduras y que llegada la hora de combatir se lanzan á la aventura ávidos de gloria y de lucro. En ninguna nación se ha visto una raza tan dada á la rapiña y tan apta para el despojo. Las hazañas, tan vulgares entre nosotros de los *hooligans* de Londres y los *apaches* de París, no admiten comparación con las de los bandoleros del Cáucaso, cuando es su deseo el apoderarse de los bienes de otro.

Arrostran todos los peligros, afrontan todas las dificultades; si preciso es, permanecen escondidos un día entero tras algún abrupto peñasco ó recorren como reptiles las bóvedas pétreas de alguna caverna en busca de mejor acomodo para lograr el éxito de la empresa y llegado el momento, rápidos como el rayo, se abalanzan sobre la caravana é inutilizados sus portadores desvalijan cuanto hay aprovechable. Luego parten de nuevo, súbitos, sin dejar huella de su paso. Rara vez se les apresa, pues á la menor señal de fuerza armada, les basta tan solo un momento para interponer entre ellos y la justicia barreras infranqueables.

Y notable contraste de las costumbres. Es



Las llanuras de Persia y la Acrópolis de Sardis



Paso abierto en las montañas del Cáucaso

pueblo tan dado al robo y á la holganza, es de los más hospitalarios y generosos que en el orbe existen. Quizás sea por lo poco que les cuesta ganarse el sustento.

En el fondo de los valles se aglomeran las chozas, vivienda de los pobladores de las montañas.

Es tan análogo el aspecto de las viviendas

al de las rocas que las circundan, que gran número de esos conglomerados humanos pasan inadvertidos y creeríase que el país se halla desierto.

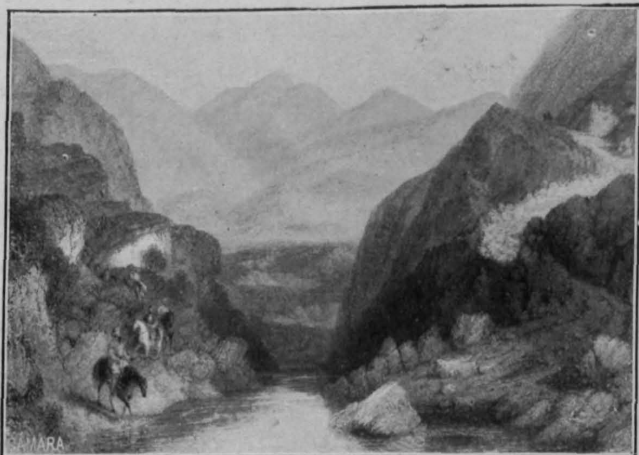
Las continuas guerras sostenidas en suelo tan árido han empobrecido á los habitantes, miseria que se advierte en los harapos con que cubren sus formas los naturales de aquella tierra. Sin embargo, esta falta de medios no ha alterado las costumbres patriarcales de los labriegos.

El sentimiento hospitalario se ejerce con todos, rico ó pobre, quien llegue á las altas horas de la noche y solicite albergue, siempre hallará grata acogida, sentándose con los amos al calor del fuego y entablando charla discreta con esos hombres sencillos y llenos de celo por sus creencias.

Pero á la acogida de los hombres, afable y suave, sucede la hostil de la Naturaleza cuando reanuda su marcha el viajero. A medida que penetra en las oquedades de la montaña, su semblante risueño trócase en receloso, y es que la escena cambia. Ante él se presentan los desfiladeros inaccesibles á la luz del ocaso y hiere sus oídos el estrépito de los torrentes desbordados cuyas turbias aguas todo lo arrojan; en lo alto cimbrean sus picos las agujas de mármol coloreándose de los tintes variados del iris y de la vegetación frondosa, y en lontananza vislumbra la negra boca de enorme caverna á cuya vista el hombre más fiero sintiera pavor y espanto, pues asemejase á inmensa tumba que recuerda los versos inmortales del divino Dante en su inscripcón sobre las puertas del Infierno, más bien, hoy día, en las del acceso á la vida:

Per me si va nella citá dolente
Per me si va nell' eterno dolore.

JUAN CASAS



Un desfiladero en la frontera rusa del Cáucaso



Una caverna de los montes caucásicos

EL INVIERNO EN LAS TRINCHERAS



LAS TROPAS COLONIALES INGRESAS DEFENDIÉNDOSE DE LOS RIGORES DE LA TEMPERATURA INVERNAL
CON EL CLÁSICO BRASERO

DIBUJO DE C. CLARK

LOS ORÍGENES DEL PATRIOTISMO ALEMÁN



FICHTE

Todos los escritores alemanes que en estos días de violenta discusión sobre la guerra y sobre los valores culturales de las naciones, elevan su voz en defensa de la patria, evocan el nombre de Fichte. Nada más lógico, ni más justo. Fichte es el hombre representativo del «patriotismo» germano, tal como hoy se entiende y se practica. Otros colaboraron con él, contemporáneamente, en la formación de la unidad espiritual alemana; muchos habían preparado el camino con obras cuya esencia recogieron los hombres de 1807 y 1808; pero la condensación de todas esas ideas, la suprema fórmula intelectual que las expresa juntamente como principios ideales y como reglas inmediatas de conducta en relación con el momento actual, es Fichte quien las dió; él quien fijó de una vez, hasta hoy, el lema y el espíritu de la colectividad alemana.

En cierto modo, puede decirse que Fichte es todo eso para sus compatriotas, a pesar de él mismo. Su ideal del Estado, no concuerda ciertamente con el de los imperialistas, y así lo reconoce el propio Wundt en un discurso reciente, estimando que la mentalidad alemana ha sobrepasado la posición política de Fichte, que responde a «la vida limitada del pueblo alemán de entonces»; pero esto no quita al gran filósofo patriota la legítima paternidad del movimiento presente, ó si se prefiere decirlo en otros términos que invierten la relación, pero no la destruyen, eso no le quita a Fichte el haber expresado sustancialmente el fondo del pensamiento alemán y haber sido, en ello, un hombre representativo de algo que ya en 1807 hacía vibrar el alma colectiva y que hoy continúa agitándola e impulsándola.

La legitimidad de esta representación no supone, como algunos pudieran sospechar, contradicción alguna en el pensamiento del Fichte de los *Discursos a la Nación alemana*, ni falta de lógica en las conclusiones que de ellos sacaron y siguen sacando los patriotas alemanes.

En primer lugar, desde la publicación del *Derecho Natural* de Fichte (1796-98) y especialmente de su *Estado comercial cerrado* (1800), á la de los *Discursos* (1808), medió algún tiempo y, sobre todo, medió la guerra de 1806 con la entrada de Napoleón en Berlín y la reacción del espíritu público prusiano. Esto ya basta para hacer posible, en las ideas de Fichte, un cambio de orientación que, indirectamente (puesto que en los *Discursos* no abordó el problema del Estado) rectificaba las consecuencias prácticas de su ideal político. Sabido es que estas variacio-

nes que la realidad impone á los hombres de ciencia, no son cosa extraordinaria, sino frecuente. Recuérdese á Luis Vives en sus dos folletos sobre el derecho de propiedad. La contradicción no se da, pues, en un mismo momento de la especulación, entre dos posiciones diferentes del juicio, sino entre dos momentos cuyo punto de vista es diferente y abona la diferente conclusión.

Pero aun estimando que nada de su teoría del Estado hubiese sufrido quebranto en Fichte por el criterio á que le llevaban los acontecimientos de 1806 y la excitación de su cálido patriotismo, es indudable que en los *Discursos* hay materia sobrada para justificar la significación que á Fichte le dan actualmente sus compatriotas. Cuando en 1893 traduje al castellano esas admirables lecciones, hice ya notar que si para nosotros no ofrecían peligro alguno, dada la depresión de ánimo que era entonces la característica de nuestra psicología, ¿lo sigue siendo aún? en Alemania habían producido una opinión respecto de lo que es el pueblo alemán, esencialmente, y lo que son, comparados con él, los otros pueblos—no sólo los latinos, sino los de tronco directo germano—de que «se ha servido la política prusiana para legitimar sus invasiones y promover en el país una corriente patriótica orientada hacia el engrandecimiento exterior». Si otros hechos no nos demostraran (hoy más que nunca) que así ha sido, bastaría leer el prólogo escrito por Hermann Fichte (hijo del gran filósofo) en la edición popular de los *Discursos*, publicada en 1871.

Aunque en estos no se hallase tan acentuada como lo está, la doctrina de la superioridad del pueblo alemán sobre todos los otros del mundo, el tono general de aquellos escritos sería bastante para producir aquella interpretación. Ni sería obstáculo á ella que coincidiese con la opuesta, derivada de *El Estado comercial cerrado*, porque todos sabemos cómo los grandes pensadores, henchidos de ideas, han engendrado escuelas diferentes (derechas é izquierdas); según se ha desarrollado tal ó cual aspecto de su doctrina, hasta llegar á consecuencias verdaderamente contrarias.

Pero, además, Fichte dice las cosas que pueden dar fundamento á la idea que el alemán tiene de sí mismo y de las demás naciones y al patriotismo invasor y absorbente que hoy proclama, como doctrina impuesta, á su juicio, por los supremos intereses de la civilización, de un modo tan claro y tan terminante, que el entronque resulta facilísimo. Fichte considera al pueblo al-

mán como el pueblo típico, como la raza escogida, como el único grupo humano que se conserva fiel á su origen y en cuyas manos se halla el porvenir entero de la civilización. El alemán es la humanidad entera y completa: alemán, el hombre todo. Léase el *Discurso* IV, que versa sobre las *Diferencias fundamentales entre el pueblo alemán y los demás pueblos de origen germánico*; el V, que continúa la misma materia; el VI, que expone los *Caracteres alemanes en la Historia*; el VII, que desarrolla una *Exposición más profunda de la originalidad y universalidad de un pueblo*, y fíjese la atención en las excelencias que Fichte va señalando á su raza por la continuidad en el territorio de origen, por el mantenimiento del idioma en toda su pureza, por las consecuencias que esto trae á la cultura en sus relaciones con la vida real, por el sentido religioso, por el espíritu científico, («cuando el espíritu alemán tantea una investigación, halla siempre más de lo que busca, porque penetra hasta las fuentes mismas de la vida real») etcétera, y se comprenderá con cuánta razón los actuales defensores del imperialismo alemán y de la «alemanización» del mundo en provecho de éste, ven en Fichte al maestro y al precursor.

Quizá si Fichte reviviese, protestaría de esa paternidad que se le atribuye, explicando el acuerdo íntimo entre sus sentimientos patrióticos y su concepto del Estado, y colocándose junto á su compatriota Herder, que años antes (en 1784-1781) tronaba contra las vanidades y los exclusivismos nacionalistas, como no hace mucho recordaba Farinelli en un artículo que debería reimprimirse al final de su reciente *Diálogo* contra la guerra; pero eslimo que esas protestas servirían á Fichte de poco, ya que en la vida espiritual de los escritores hay, muy á menudo, como en la de los pueblos, una leyenda basada muchas veces en algo real indestructible, que las explicaciones más auténticas y personales son incapaces de desvanecer.

Fichte será siempre para los alemanes un hombre de la cuerda de Treitschke y de Gervinus, y el hermoso, vibrante llamamiento que comprende casi todo su *Discurso* final, y que á todo patriota hará estremecer de emoción, deseando que resuene igualmente en su pueblo con los mismos resultados que logró Fichte en el suyo, servirá para encender los corazones y llevarlos á la defensa de lo que en cada momento constituya el ideal de Alemania, ó de la minoría directora que logre subyugar á los más é imponerles un criterio y una conducta.

RAFAEL ALTAMIRA



MIRANDO AL PASADO

GALERAS Y POSTAS

CURIOSO en extremo, por las aventuras y episodios, lo mismo que por el andar reposado de los armatostes—expuestos á muy diversas contingencias—era antiguamente un viaje á través de nuestra bella España.

¿Quién se acuerda, ni remotamente, de las pesadas galeras que tardaban veinte días de Madrid á cualquier provincia norteña? ¿Quién sabe de las desazones y hambres que pasaban los viajeros desprevenidos que no llevaban consigo los bastimentos necesarios, ni se habían ajustado de antemano con el ordinario, esperando hacerlo con más provecho en las posadas, cuya pulcela, cuando preguntábanle qué provisiones había en el mesón, respondía de mal grado: «Las que vos traigáis, señor caminante, que aquí no quedaron más que unas habichuelas»?

Ya el hecho de viajar juntos, desarrollaba una mutua confianza entre nuestros antepasados. Del interior de la galera hacían lecho común, extendiendo cada cual su colchoneta y su almohada. No faltaba la consabida guitarra, al son de la cual despertaba el amor, espoleado por los servicios y galanterías tributados á las damas que no tardaban en confesar su nombre y el objeto del viaje.

No poca paciencia necesitaban los pasajeros para llegar al fin de la jornada. ¿En verdad que no había más remedio que conformarse, porque casi era imposible viajar de otra manera, pues el hacerlo en coche ó carretela costaba un dínaral: seis mil reales hasta Sevilla, y por lo general una onza diaria, cualquiera que fuese el itinerario.

Los más modestos se atrevían á cabalgar en macho con los maragatos, sin temor á las nieves ni al calor, ni tampoco al encuentro con los malhechores.

La galera tenía tres compartimientos: rotonda, interior y berlina; costaba respectivamente, de Madrid á Aranjuez, 140, 147 y 189 reales de vellón. Tiraban de ella siete mulas, se invertían seis horas en el recorrido y se cambiaba dos veces el tiro: en los Angeles y en Espartinas.

En casos especiales se viajaba en sillas de postas ó á caballo á la ligera. El interesado, ó persona en su nombre, había de presentarse en el despacho de Reales postas, anotando su nombre en la guía que llevaba el postillón. Hasta San Ildefonso costaba 588 reales; hasta El Pardo, 45; y hasta El Escorial, 294. Para este sitio mudábase el ganado en Abulayas, puente del Retamar y Galapagar. Y en la carrera de La Granja se encontraban seis casas de postas, tituladas: Abulayas, Las Matas, Fonda de la Trinidad, Salineros, Novalejos y Castrojones.

Estaba mandado de orden superior—8 de Abril de 1797,—que los postillones no cobraran más que ocho reales al tronquista y cuatro al delantero, siendo de cuenta del viajero pagar los portagós.

Como algunas de las casas de postas se ha-

llaban en despoblado y no había disposición para hospedarse, fijóse un cartelito en aquellas donde podía hacerse alguna mansión ó tomar alimento, distinguiéndose con una F la fonda; con F y P la cama; con P la posada, y con D el despoblado.

Vinieron después las galeras aceleradas, que tardaban cinco ó seis días á Valencia. E inmediatamente se establecieron las diligencias, merced al tesoro del Canal de Manzanares, don Carlos Bertazzoni, bajo las siguientes condiciones:

Se construyeron ocho coches de bastante capacidad para seis personas y se compraron las mulas necesarias para llevar y tener en todas las paradas, que eran de cinco en cinco leguas.

Los coches estaban numerados y llevaban su libro correspondiente.

Para adquirir los fondos necesarios se formó una Compañía, previniéndose que el acopio de todo lo preciso había de hacerse en España.

Los lunes y jueves salía un coche con seis personas, menos los meses de Diciembre, Enero y Febrero, en cuyo tiempo se despachaba un solo coche por semana, que era el del lunes.

A las personas que transitaban en estos coches no se les permitía llevar consigo más que un pequeño talego con la ropa de noche, y su peso no había de exceder de 12 libras, pues pasando de ese peso comprendíase en la clase de maletas y cofres, y en tal caso debían pagarse dos reales de vellón por cada tres libras.

Cuando no se llenaba el número de asientos de Madrid á Bayona, se franqueaban para determinados lugares á proporción de lo establecido en la tarifa que se pone á continuación:

De Madrid á Valladolid, 192 reales; á Burgos, 324; á Briviesca, 366; á Miranda, 420; á Vitoria, 450; á Mondragón, 492; á Villafranca, 528; á Tolosa, 546; á Bayona, 600.

Para facilitar que todos los pueblos por donde transitaba la diligencia, lograran también el beneficio de viajar con presteza (!) de unos á otros, cuando había asiento vacío, se pagaba, á proporción, lo siguiente: De Tolosa á Hernani, 18 reales; á Irún, 42; á San Juan de Luz, 57.

Podían servirse los tiros para transitar prontamente á alguna persona de distinción, pero nunca podía ser en los días del servicio público, y además debía pagarse por entero el coche.

Los coches habían de ser más cómodos que las galeras y calesas.

Para tomar los asientos se solicitaba con anticipación la libreta impresa y firmada por el director.

En todos los pueblos se fijaba aviso de los asientos vacantes.

En la Aduana salían dos vistas á registrar las maletas.

La Compañía no respondía de las muertes, desgracias, contrabandos, etc., etc.

Los coches y el ganado estaban libres de bagajes y servicio militar, lo mismo en tiempo de paz que en guerra.

En caso de no haber suficientes viajeros, érase permitido el transporte de mercancías.

Todos los jueces y demás autoridades prestaban auxilio á la diligencia.

Se concedió para la explotación del negocio, un privilegio por nueve años.

Desde 1.º de Abril hasta último de Septiembre, la galera salía á las cuatro de la mañana; y en los demás meses á las diez.

Se tardaba seis días de Madrid á la frontera, y esto cuando el servicio era rápido y en buen tiempo.

El que no acudía á la hora fija, perdía el asiento y el dinero que había pagado.

La Administración donde se tomaban los asientos, estaba situada en la calle del Pez número 2, frente á la casa del marqués de Villanueva.

La víspera de partir debían entregarse los cofres, fardos y maletas. Si el equipaje no podía conducirse el mismo día, quedaba á cargo de la Compañía, remitiéndole por la diligencia más inmediata.

De Madrid á Bayona, la diligencia pasaba, entre otros muchos, por los siguientes puntos: Torrelodones, Guadarrama, Las Navas de Coca, Villacastín, Sanchidrián, Adanero, Martín Muñoz, Olmedo, Valdeastillas, Valladolid, Cabezón, Dueñas, Magaz, Torquemada, Quintanilleja, Burgos, Villafraja, Quintanapalla, Monasterio, Briviesca, Pancorbo, Miranda, Vitoria, Salinas, Mondragón, Zumárraga, Santa Lucía, Villafranca, Alegría, Tolosa, Villabona, Hernani, Irún, San Juan de Luz y Biarritz.

Quienes viajaban en aquellos tiempos, bien holgadamente podían estudiar los usos y costumbres tradicionales de cada provincia, sus fiestas, sus trajes característicos de manto ceñido, jubón de vivos colores, alta montera y colete de paño.

Con la anécdotas escuchadas á los guías, sazonzaban el historial de las casas solariegas.

Dábanles tiempo en Valladolid, para pasear por la plaza del Ocho y comprar las afamadas anchoas y remolachas.

Y á lo largo de los campos de Castilla, veían los pastores de capa alba que se destocaban—lo mismo que ellos—al cruzar junto á los humilladeros mutilados y adornados de jaramagos.

¡Cruces siniestras de los caminos! En torno de vuestros brazos flotó siempre una humana tragedia que pasó de generación en generación.

Rendidos por el cansancio y el sueño, los viajeros dormitaban al arrullo del cascabeleo del ganado y de las canciones amorosas de las guapas hilanderas de Salinas.

ANTONIO VELASCO ZAZO



LA ACTUALIDAD SINIESTRA

DIBUJO DE ECHEA

Pasó la muerte impávida sobre los campos yermos con su sombrero altísimo, con su hopalanda gris, y dijo sonriéndose, cruzándose de brazos: —«El mundo, edad más pródiga no tuvo para mí! Ociosa entreteníame en despachar clientes valiéndome del récipe de un médico cerill, ó removiendo gérmenes morbosos que aumentarían las ya considerables maneras de morir, cuando hete aquí, que el hombre con fervido atavismo renueva antiguas épocas en su ansiedad febril, dejando relegadas aquellas memorables jornadas de Moscowa, Marengo y Austerlitz—. Graznando áasperamente bajo la comba fría de la constante lluvia, un cuervo dijo así: —¡Seor Napoleón! los cuervos, que en su forzada inopia languidecían víctimas de una época senil y de una paz que llaman fecunda los que tienen tras del yantar opíparo la digestión feliz; los cuervos que—repito—morían á millares, gracias á vos, encuentran espléndido festín.

—¿Gracias á mí?

—La guerra...

—La guerra es de los hombres.

—Señor, vos, en el mundo dejásteis la raíz.

—¡Mentís seor cuervo!

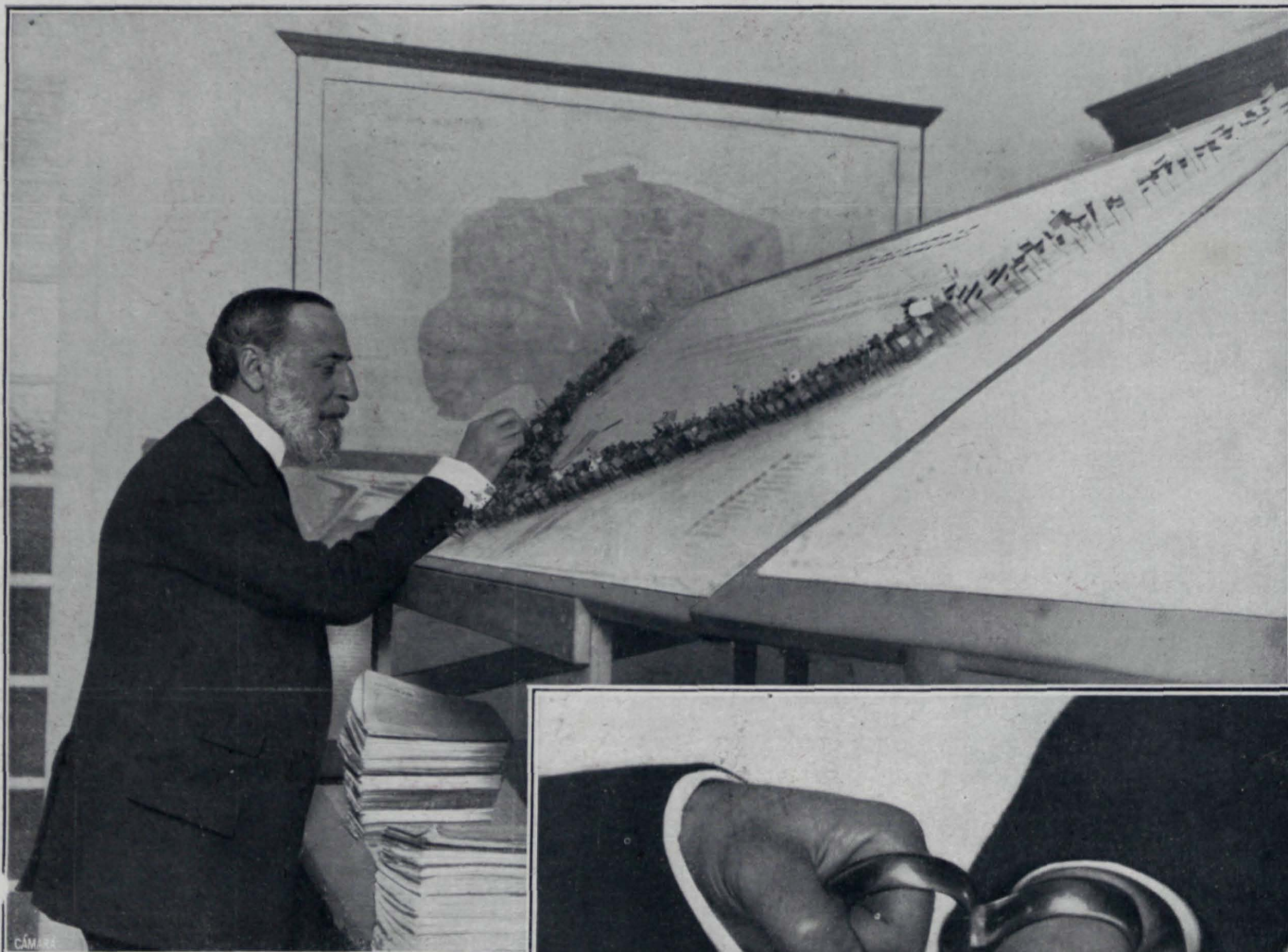
—¡Sire!...

—Diciéndolo mil veces,

no acertaré á deciros, lo mucho que mentís. La guerra va en el hombre; los gérmenes del odio, son los primeros que hacen al corazón latir. Antes que el juicio, salen los dientes y las zarpas, y brotan los impulsos de nuestro instinto vil. Llamándonos amigos, odiámonos de cerca; amándonos, buscamos el sitio donde herir; el beso es sólo el símbolo de la traición insana; la frase más benévola, disimulado ardor. Las manos que se buscan en el cordial saludo, son garras que se apresan con rabia y frenesí; abre el mirar, cisuras, y la intención heridas. ¡El hombre sólo al látigo doblega la cerviz!

Las guerras, son dragones de fuego, cobras, águilas, que á ráfagas asolan, ó engullen sin sentir, ó á espolonazos rinden subiendo bajo el palio pomposo de sus alas, nuestro despojo ruin; dicen que fueron siempre la redención del hombre, preámbulos sangrientos de alguna era feliz... ¡Respecta, hediondo cuervo, la condición humana, y engulle y calla y llena tu ministerio así! La luz, el alma ingenua del venidero día, lanzó al mundo, su rauda mirada de carmín, pero tendió la bruma los velos de su brazo diciéndole: «¡En mal hora, te atreves á venir! ¡No busques torres góticas, ni centenarios árboles! ¡ocúltate, y no sufras! ¡la muerte vela aquí! y el viento canta dísticos, leyendas y epitafios que el perezoso olvido, desdeñará escribir...» Y señaló al fantasma, que en la penumbra hundía su vago, su fatídico, su aterrador perfil.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA



Méndez Alanís estableciendo en el plano gráfico de un trayecto la distribución de fuerzas de Policía y de Seguridad



Esposas para conducir a los criminales peligrosos

NUESTRAS VISITAS

DON RAMÓN MÉNDEZ ALANÍS

MIENTRAS que esperaba á que me recibiera, iba en mi imaginación fantástica figurándose el despacho del Director. Seguramente sería algo novelesco, á lo Doyle. Como el de Juve, el de Nickcarter y el de Fantomas tendrían sus trampas, sus puertas de observación inadvertidas, sus resortes de transformación; sus sillones misteriosos y demás encantadoras triquiñuelas, tan distraídas y tan necesarias en el arte del detectivismo novelero.

—¿Vé usted aquella luz que hay sobre la puerta del despacho del señor Director?...—me preguntó un portero barbudo, alto y recio como un trinquete, bien puesto de librea y guante blanco, señalándome una luz roja.

—Sí, la veo—repuse, y escuché suspenso.

—Pues bien—prosiguió,—mientras el señor Director tenga encendida esa luz roja, nadie puede llamar á su despacho, ocurra lo que ocurra. Si en lugar de la roja luce la verde, sólo se puede entrar para asuntos urgentes del servicio y si luce la blanca, entonces sí se le puede molestar con libertad.

—¡Ah!, pues, esperemos á que se encienda la luz blanca.

Y sin perder de vista las parlantes bombillas tomé asiento en un despachito. Pronto fuimos varios los que esperábamos ser recibidos por el Director. La colación de tiempo se hizo más agradable, porque entre nosotros estaba Manolo Bueno, que es un amenísimo *causeur*, y el rollizo diputado Antón del Olmet, que, según me di-

jeron, llevaba el propósito de suscribir á su periodiquito todo el Cuerpo de Seguridad y Vigilancia. ¡Admirable idea para asegurar un diario!

Lució, al fin, la luz blanca y nos llegó el turno de entrar. Atravesamos un suntuosísimo salón dorado, sólo comparable, entre los oficiales, con el de los Consejos de Ministros de la Presidencia, y, después, penetramos en un despacho magnífico, de gusto moderno y exquisito. Allí, nos esperaba de pie, don Ramón Méndez Alanís.

Tiene este caballero, como pocos, una autoridad agradable de presencia que domina. A través de la dureza severa de su mirada y de la expresión fiscalizadora de su gesto, se advierte al hombre lleno de nobleza y bondad. Algo altivo, pero no por pedantería ni orgullo, sino por hidalgo molde castellano. Todo en su persona es impecable. Su barba rizada y ya casi blanca, sus brillantes cabellos grises pulcramente alisados, sus manos de uñas esmaltadas, sus ademanes seguros y pausados, su traje azul ¡sin una arruga! Su calzado reluciente, su cuello de pajarita y su corbata de seda verde clavada por una gruesa perla.

La autoridad no basta ejercerla, hay que presentarla bien estéticamente; honrarla teatralmente. Maura, López Muñoz, Portago y Méndez Alanís no habrán necesitado jamás decir quienes son para recabar todas las atenciones y todos los respetos. Sus aspectos y sus portes, es la mejor hoja de servicios. Romanones, en cambio, habrá tenido que recurrir muchas veces á la

cédula personal para demostrar que es Conde y ex presidente del Consejo de Ministros de España.

Don Ramón, todo rigidez y todo elegancia, me pasó á otro despacho más pequeñito y más íntimo. Allí tomamos asiento.

Miré en derredor y nada extraordinario llamó mi atención. Es decir, sí; algo: muy poco. Una gran pistola de bruñido y reluciente níquel y unas esposas automáticas de aluminio. Al tocar las esposas el metal helado me transmitió el frío hasta el corazón.

—¿Para qué sirve esta pistola?—le pregunté al Director.

—Para detener criminales peligrosos. Se carga con una substancia que, al ser disparada, ciega, durante unos momentos, al que es objeto de su blanco. Y claro, faltándole la vista al criminal no puede huir y cae en poder de su perseguidor.

—¿Se usa mucho en España?...

—Muy poco hasta ahora... Aquí, afortunadamente, no hay criminales peligrosos.

Méndez Alanís hizo una transición y preguntó: —Pero veamos: ¿usted viene á verme como Caballero Audaz?

—Sí, señor—repuse—con toda la respetuosa



Pistola inofensiva para detener á los delincuentes

audacia que se pueda tener ante un Director de Seguridad, tan serio como usted.

Don Ramón rió, levemente.

—Pero, hombre—exclamó,—no haga usted nada de mí... ¿Qué interés yo?... Si soy el policía menos fantástico del mundo.

—Tal vez, y sin embargo, ha logrado usted crearse una reputación mundial...

—¿Por qué?...—inquirió, modestamente sorprendido.

—¡Ah! yo no sé—dijo, encogiéndose de hombros.—Tal vez porque escribe usted libros sobre la Policía, en un país donde no se leen ni los periódicos; tal vez, porque ha organizado usted perfectamente este Cuerpo, y, tal vez, porque en París llamaron la atención—como me consta—las medidas recomendadas por usted... En fin ¡por cosas!... ¿Le agrada á usted el cargo de Director de Seguridad?...

—No le tengo afición; estoy aquí por cumplir un deber. La realidad enseña que este cargo, revestido de prestigios superiores le va consigo una serie de responsabilidades y amarguras, bastantes á desvirtuar los halagos que la vanidad pueda encontrar en él.

—¿Qué entiende usted que debe ser la Policía?...

—Hombre, eso no es posible contestarlo en dos palabras. Yo, considero á la Policía como el elemento indispensable para la vida y actuación del Derecho. Es la encargada de realizar la función preventiva que se encamina á tutelar el imperio del Derecho, ejerciendo su acción dentro de ese mismo principio vital de toda la sociedad. Hoy las verdaderas causas de las transgresiones del Derecho se reconoce que radican, no sólo en la constitución física y psíquica del ser humano, sino que también en las que se engendran por el ambiente social y, en algunos casos, por influencias físicas; es preciso que la verdadera función preventiva actúe constantemente, y antes que se produzcan las transgresiones del Derecho, para conocer y remover, en lo posible, las causas de las mismas, y en último

caso, para que cuando se produzcan no queden sus autores en la impunidad. La Policía, pues, debe ser un instrumento inteligente que, con conocimiento de esta complicada y transcendental finalidad, pueda intervenir de una manera eficaz y dentro de los límites del Derecho, para que éste impere y para que el sentimiento de la seguridad sea un hecho dentro de la sociedad civil. Por eso yo entiendo que ese dictado de «Policía secreta» y esa antigua costumbre de que los individuos que ejercen esa función, realicen sus trabajos en la sombra, es contraproducente y además rebaja la altura de su cometido. El policía debe ser el consejero, el protector, tanto de los criminales como de los propensos al crimen; deben conocerse todos mutuamente y así la producción útil de ese trabajo será un hecho efectivo, y para la sociedad honrada como para los demás, el policía será lo que su función determine ó sea: el defensor constante de la seguridad pública y privada, y el criminal verá en él el dique más infranqueable para su delincuencia y su protector decidido cuando se aparte del delito.

—¿Crée usted que en el hombre la tendencia delictiva es heredera ó habitual?...

—Aceptando yo la teoría de que en el fenómeno



Haciendo la ficha dactilográfica de un criminal

sitivismos; y, por consiguiente, los habrá que fatalmente vayan al crimen por su constitución interna, y por lo tanto, teniendo parte en ella la herencia; otros, por hábitos adquiridos, en los que la herencia dará tan sólo elementos negativos, y otros pasionales, en los cuales la herencia toma también gran parte. Lo más corriente es que en todo delito obren combinadas todas las causas que se estiman como productoras del mismo en mayor ó menor parte.

—¿Qué me dice usted de la delincuencia en España, comparada con la de otras naciones?

—No puedo contestarle á esa pregunta porque no tengo datos exactos.

—¿Qué reformas ha implantado usted en la Policía?...

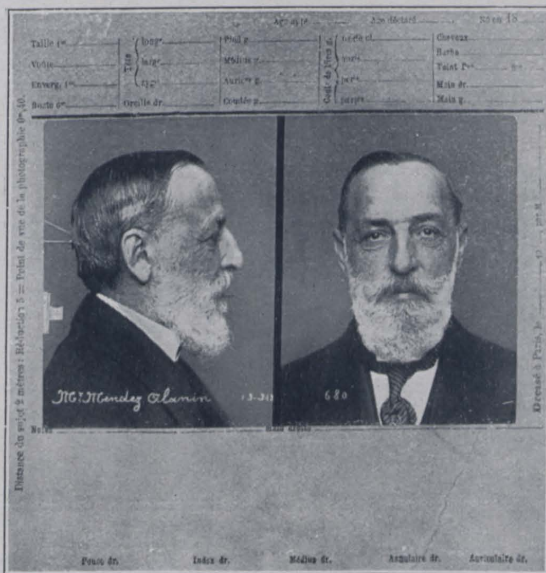
—Todo lo que existe hoy; que sería largo y penoso de enumerar. Desde la Jefatura, y después la Dirección, hasta el último servicio de vigilancia.

—¿Ha encontrado usted dificultades para estas grandes mejoras?...

—Como mis reformas no afectaron las cifras del Presupuesto, no hallé oposiciones de ningún género. No he de dejar de decirle á usted que el que proporcionó la primera materia para poder trabajar en el sentido que lo he hecho, fué el ilustre don Juan de La Cierva, con la publicación de la ley orgánica de Policía, mediante la cual se nutrió el Cuerpo de Vigilancia de personal bastante aceptable y muy superior en condiciones al que lo formaba con anterioridad. Aquí, en la Dirección, he creado los Registros de este Centro, que se dividen en tres secciones: una, referente á los Registros propios de Policía, en todas las provincias de España; otra, de informaciones en general, nacionales y extranjeras, y otra, de Prensa nacional

y extranjera. También he establecido Laboratorios de fotografía y de revelación por huellas dactilares; y en lo que se refiere al servicio se ha establecido éste por brigadas, buscando la especialización de aptitudes para el mismo.

—Y, dígame usted, don Ramón, ¿cómo puede



Ficha antropométrica del Director general de la Policía, Sr. Méndez Alanís, hecha en París por Bertillon

no delictivo intervienen, como causas productoras del mismo, tanto la constitución física como psíquica del ser humano, como los de origen social, y, en algunos casos, los menos á mi entender, los elementos físicos, hay que aceptar la clasificación que de los criminales hacen los po-



Registro de viajeros en la Dirección General de Policía



Clase para la instrucción de los agentes de Policía



Registro General de la Dirección de la Policía, magnífica instalación debida á la admirable iniciativa del Sr. Méndez Alanís

usted, desde su despacho, dirigir una vigilancia determinada con motivo de una ceremonia?...

—Muy sencillamente. Me paso unas horas delante de un plano gráfico del trayecto que va á necesitar vigilancia por cualquier motivo, y voy distribuyendo sobre él las diferentes fuerzas de que dispongo, que en el plano están representadas por banderitas, de diferentes colores, según que sea agente, guardia civil ó guardia de seguridad; cada banderita tiene también el nombre del agente ó el número del guardia. Así es que los 2.000 ó 3.000 hombres los coloco matemáticamente, siempre teniendo en cuenta los puntos que exigen mayor ó menor vigilancia.

Hizo un silencio. Don Ramón sacó un cigarrillo de papel, del tamaño de un puro, y lo encendió. Continué:

—¿Entiende usted, don Ramón, que el delito debe ser castigado con dureza, ó se debe educar al delincuente?...

—Eso no puede decirse de una manera absoluta. Lo que sí entiendo es que la pena no debe ser nunca verdadero castigo, y sí, medio de defensa que está obligada á emplear la sociedad

contra el insensato que perturbe las condiciones esenciales de subsistencia. Debe separarse de la sociedad en cualesquiera de las formas en que esto sea posible, á todo aquel que demuestre su fatal inclinación al crimen. Al criminal por costumbres adquiridas y por ímpetu de pasiones, se le debe procurar su corrección mediante una separación temporal de la vida en sociedad.

—¿Cuál cree usted que es el mejor Cuerpo de policía del mundo?...

—Amigo Audaz, no es cosa sencilla atreverse á afirmar cual es la mejor Policía del mundo; entre otras razones, porque yo no las conozco lo suficiente para emitir un juicio definitivo. Sé que en Buenos Aires se encuentran muy bien organizados algunos servicios. Los mejores registros de identidad, fundados en el sistema dactiloscópico, indudablemente son los de aquella ciudad, cosa que no extraña, pues, están dirigidos por el célebre Vicetich, cuyo sistema es en el fondo, el más generalmente aceptado. La Policía social y la de investigación criminal también se encuentran muy bien organizadas. Y

en casi toda Europa se hallan bien atendidos estos servicios. Las organizaciones de Policía, pueden dividirse en dos grandes grupos ó sistemas, que son: el inglés y el francés; yo soy partidario del inglés.

El Director al terminar de decir esto se puso de pie.

—¿Quiéreme usted visitar las dependencias?...— me preguntó:

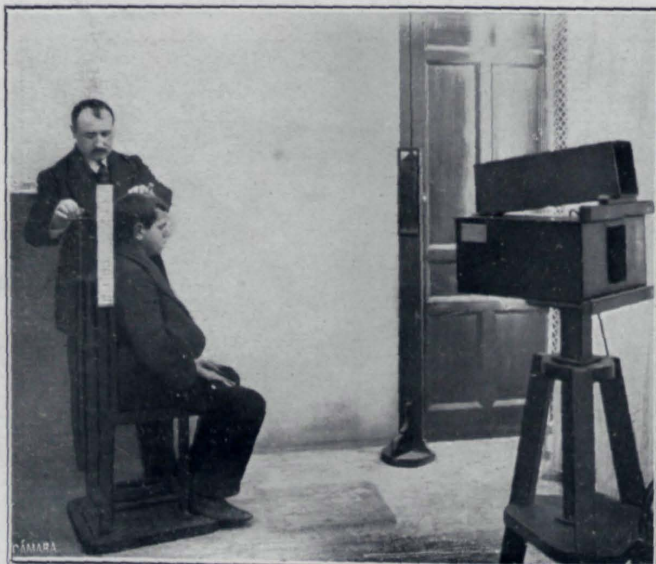
—Encantado,—repuse.

Marchó él delante. Su presencia en todas las oficinas inspiraba un respeto casi religioso. Don Ramón, con su gesto de caudillo, saludaba á todos.

Y quedé admirado de la prodigiosa organización y orden exquisito que reinaba allí. Advertíase, hasta en los menores detalles, el desvelo de un Director cuyo lema característico es: Deber y Voluntad.

¡Qué diferencia tan grande existe entre la Dirección de Policía y las demás oficinas del Estado!... ¡El Ministerio de Hacienda, por ejemplo!...

EL CABALLERO AUDAZ



En el gabinete antropométrico



Detalle de la sección fotográfica

POTS. CÁMPA

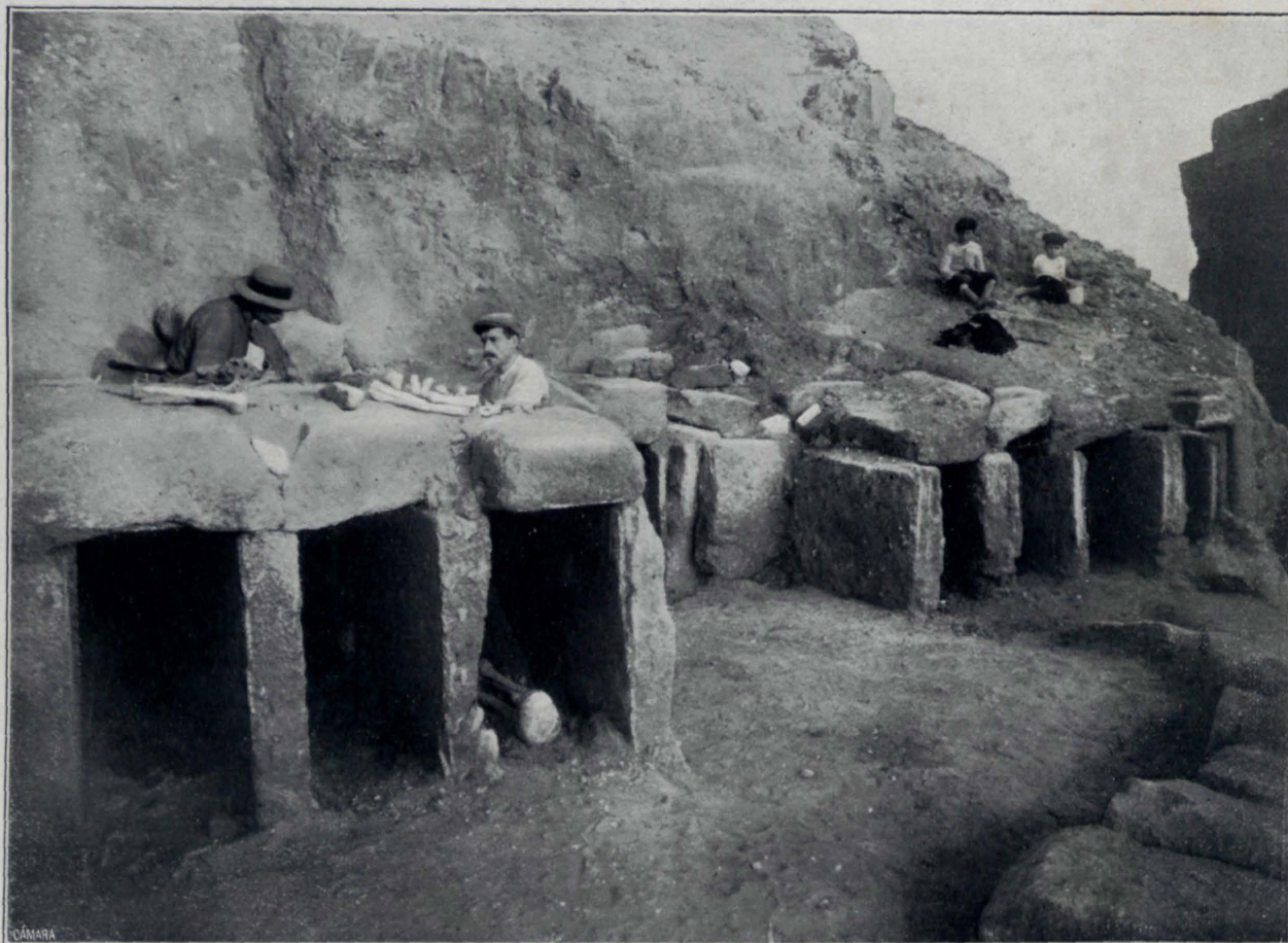
LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PUERTA DE LAS SALAS CAPITULARES DE LA CATEDRAL DE CUENCA, ATRIBUIDA A BERRUGUETE,
EN COLABORACIÓN CON UNO DE SUS DISCÍPULOS

FOT. A. BONILLA

DE ÉPOCA FENICIA DESCUBRIMIENTOS IMPORTANTES



Construcciones hipogeas, de época fenicia (siglo V, antes de Jesucristo), descubiertas recientemente en Cádiz

HACIA el undécimo ó duodécimo siglo antes de la Era Cristiana, arribaron á las apacibles enseñadas y tranquilos estuarios de la Bética unas extrañas naves de riquísimas maderas, adornadas sus proas con ramos de oliva, como para mostrar á los sencillos turdetanos, habitantes de las soleadas comarcas, que su misión era de paz.

«Los intrépidos mareantes—dice ocupándose de este hecho histórico don Pedro de Madrazo—llamábanse fenicios y procedían de una pequeña región de la Siria, limitada por el Anti-Líbano y la mar, hablaban un idioma de derivación semítica, muy parecido al hebreo y profesaban una religión seme-



Detalle de las excavaciones realizadas en Cádiz para el descubrimiento de las construcciones fenicias

jante á la del Egipto. Los fenicios crearon la colonia de Gades ó Cádiz, que llegó á un grado de prosperidad extraordinario.

Entre las construcciones de aquel pueblo mercader y guerrero que alcanzaron fama, se hallaba el templo de Melkart, el Hércules tirio, del que dice un historiador que «era de mármoles y jaspes, con galanas y vistosas figuras en ellos esculpidas, vaciadas de brillantes metales y maravillosamente reveladas».

Esos mudos testigos de una civilización remota comienzan ahora á salir á la luz del sol, merced á los trabajos que en Cádiz vienen efectuándose bajo la dirección expertísima de don Pelayo Quintero.



La mujer, lo más adorable de la humanidad, adora todo aquel producto que realce sus encantos.

El JABÓN FLORES DEL CAMPO debe su enorme éxito á sus condiciones admirables é higiénicas.

Pastilla grande, 1,25 :: :: Pastilla pequeña, de propaganda, 0,30

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta
a todas las ENFERMEDADES
de la GARGANTA, de los BRONQUIOS
y de los PULMONES

**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO !
PUEDE V. CURARLO**

en pocos días, radicalmente y a poco costo
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 4.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: VICENTE FERRER y C^{ta},
BARCELONA.

Forma: 0.002
Menthol: 0.002
Limon: 0.002
Amar: 0.002

PEELE

GRAN PREMIO
Y MEDALLAS DE ORO
EN LAS

EXPOSICIONES INTERNACIONALES
DE HIGIENE DE PARÍS, LONDON
Y GÉNOVA

HERMOSURA JUVENIL ETERNA

da al cutis más estropeado y
SIN PINTARLO
la célebre

LOTION PEELE

AUTOMASSAGE LIQUIDE

del sabio dermatólogo alemán
Doctor LEHMAN

Quita por completo

Arrugas

Manchas, pecas, barros, erupcio-
nes y cuantos otros defectos tenga
el cutis. Da al mismo

Blancura natural

Suaviza la piel y la conserva
siempre hermosa y juvenil

Ptas. 10, el frasco, y 5,85, el medio frasco

En todas las perfumerías y farmacias
y en CASA PEELE, Alcalá, 73, Madrid

Venta al por mayor para España: PEREZ MARTIN Y COMPAÑIA, MADRID

Casa PEELE, Alcalá, 73-Madrid



TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

À 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Garante: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año. . . . 25 pesetas

Seis meses. . . 15 "

EXTRANJERO

Un año. . . . 40 francos

Seis meses. . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑIA—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa
Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de
Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica
::: y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 963 :::